

LA SOMBRA DE PACHACAMAC: HUARI EN LA COSTA CENTRAL

Peter Kaulicke*

Resumen

En este trabajo se presentan las evidencias materiales del Horizonte Medio en la costa central, así como la situación previa a su inicio. Se definen y se discuten conceptos de estilo, su contextualidad espacial en asentamientos y áreas funerarias, para poder llegar a definir identidades sociales y situaciones sociopolíticas que ayuden a entender cambios regionales en un marco mayor. Temas principales son el carácter del urbanismo lima, la reconstitución posterior ejemplificada por Nievería y Pachacamac y las relaciones con la costa norcentral y norte, así como, sobre todo, con la sierra de Lima, como corredor hacia el interior y escenario de una historia dinámica. En el estado actual de conocimientos se tiene la impresión que el impacto huari no necesariamente adopta mecanismos de control directo mediante una colonización agresiva. Por el contrario, se percibe una cierta independencia y la persistencia en el énfasis de identidades locales y regionales en medio de interrelaciones «internacionales» de una complejidad aún poco definida. Se requiere investigaciones más acordes con la problemática específica antes de poder proponer hipótesis alternativas dentro de un contexto mayor.

Abstract

PACHACAMAC'S SHADOW: HUARI ON THE CENTRAL COAST

This paper presents the material evidence from the Middle Horizon on Peru's Central Coast, as well as the situation immediately preceding its beginnings. Concepts of style as well as spatial contextualization in settlements and burial areas are defined and discussed in order to define social identities and sociopolitical situations that help understand regional changes against a greater background. Principal topics are the specific character of Lima urbanism, social and spatial reconstructions of Nievería and Pachacamac, and contacts with the north central and north coast, as well as the adjoining highlands to the east. These highlands form a vital corridor into the interandean valleys and they were the stage for dynamic conflicts between coastal and highland polities. On the basis of current knowledge it appears that Huari did not adopt highly aggressive means of control such as direct colonization. Quite the contrary, independence and the persistence of local and regional identities co-existed within an atmosphere of «international» relations that imply social complexity that is not yet understood. More investigations must be directed at specific social conditions before alternative hypotheses about general social context can be formulated.

La arqueología de la costa central, la que, para fines de este trabajo, está comprendida básicamente entre los valles de Chancay y Lurín, cuenta con una tradición muy larga que se remonta a los inicios de la arqueología en el Perú. En Ancón (Cf. Kaulicke 1983, 1997a), Wilhelm Reiss y Alfons Stübel realizaron excavaciones cuya publicación monumental (Reiss y Stübel 1880-1887) puede considerarse la primera monografía arqueológica del país, seguida por otras obras impresionantes como las de Baessler (1902-1903, 1906). Estas últimas se basan en colecciones trasladadas a Berlín en el último cuarto del siglo XIX, incluyendo la de Reiss y Stübel. La más importante de ellas perteneció a Christian Theodor Wilhelm Gretzer (1847-1926), un comerciante textil alemán, quien pudo juntar unos 30.000 objetos, muchos de ellos provenientes de la costa

* Pontificia Universidad Católica del Perú, Departamento de Humanidades, Lima. e-mail: pkaulic@pucp.edu.pe

central y que ahora se encuentran en Hannover, Hildesheim y, sobre todo, en Berlín. Residió en Lima entre 1873 y 1905 y tenía huaqueros locales a su servicio personal desde 1884 (Raddatz 1985). Entre estos objetos se encuentra la colección más importante de cerámica, tejidos y otros objetos del famoso sitio de Pachacamac, en el valle de Lurín, la que se mantiene poco conocida debido a su publicación incompleta (Cf. Schmidt 1929; Eisleb y Strelow 1980).

Un hito crucial en la historia de las investigaciones arqueológicas es la intervención de Friedrich Max Uhle (1856-1944), quien conoció algunas de estas colecciones durante su trabajo museológico en Dresde y Berlín. Gozó de una excelente preparación antes de emprender su viaje a Sudamérica en 1892 (Cf. Bankmann 1999). Con Stübel publicó un libro sobre Tiwanaku (Stübel y Uhle 1892), con datos recogidos del primero, en el que sostiene que el estilo de este sitio es anterior al estilo incaico, una opinión ya presentada en otra obra, dedicada a las colecciones de Reiss y Stübel (Uhle 1889-1890). En 1896, cuando Uhle emprendió su excavación más famosa, la de Pachacamac, ya tenía una idea clara. Con anterioridad había visitado Tiwanaku y es de suponer que su afán era poder excavar ahí, pero las circunstancias le eran adversas. Así, Pachacamac se convirtió en alternativa obvia, tratándose de un sitio de fama equivalente. Ofrecía también la ventaja de una relativa abundancia de menciones en las crónicas del siglo XVI, tanto en observaciones de los españoles que vieron el sitio y el señorío correspondiente, como en mitos relacionados a la divinidad principal venerada en el lugar y la importancia suprarregional que ésta poseía (para resúmenes, Cf. Uhle 1903; Rostworowski 1992; Eeckhout 2000, entre otros). De acuerdo con sus libretas de apuntes (Liescher 1999: 72)¹ se dedicó casi inmediatamente a las excavaciones en el sitio, las que se prolongaron durante casi un año. Las motivaciones que le llevaron a escoger este sitio quizá se deben también a su amistad con Gretzer² cuya colección podría haber conocido. En una de estas libretas de apuntes (Notizbuch [a continuación NB] 44: 74), justifica su programa ambicioso de excavación y el levantamiento de un plano general del sitio por las razones siguientes: «1. Hasta ahora no existe un plano bueno y completo, aunque sea de la superficie, para cualquier ciudad costeña [del Perú antiguo]. 2. Tal plano ofrece interés sociológico y arquitectónico. Permite reconocer nuevos tipos constructivos en su distribución espacial. 3. Se reconoce la ubicación del cementerio. 4. Se obtiene una impresión del cambio histórico de la ciudad y del desarrollo de la misma. 5. Se obtiene argumentos para definir tipos de entierros locales y la razón de su diferenciación. 6. Se obtendrá asimismo indicios para definir si realmente se enterraban peregrinos de las más diversas partes del imperio en Pachacamac y también dónde fueron inhumados éstos. El plano, asimismo, sirve para ubicar de manera correcta los hallazgos realizados» [traducción del autor]. Efectivamente, el no sólo percibe las diferencias en la distribución espacial, sino también en la estratigrafía,³ en las estructuras funerarias, forma de los fardos funerarios (Figs. 1-6),⁴ objetos asociados, etc., y enfatiza la importancia del contexto (NB 43: 87-88). El 10 de diciembre de 1896 escribe (NB 45: 59): «Del Periodo de Tiahuanaco tengo pocas piezas, pero éstas son interesantes y suficientes para concluir que esta forma civilizatoria más temprana estaba presente en Pachacamac, sin que me atreva postular que se haya originado en este sitio. En cambio, me da la impresión que la civilización de Tiahuanaco, fuera del sitio epónimo donde aparece en su expresión clásica, existía en diferentes lugares del Perú en variantes diferentes». La publicación monográfica de los resultados de sus excavaciones aparece en 1903⁵ y es considerada una de las obras más fundamentales de la arqueología peruana. Fuera del mencionado plano, cuya precisión se mantiene insuperada hasta la actualidad, es un destacado ejemplo de una descripción minuciosa y un razonamiento claro propio de la arqueología.

Uhle también visitó los grandes sitios de Maranga (ya mencionado por Middendorf 1973 [1894]: 56-96)⁶ y Cajamarquilla (Uhle 1910, traducción en Kaulicke 1998),⁷ y excavó en Ancón (1904) (Uhle 1913b; Strong 1925; Cf. Menzel 1977; Kaulicke 1997a), y Nievería (1906) (Gayton 1927). Uno de los resultados más destacados de todas estas investigaciones es un marco cronológico que ha mantenido su validez esencial hasta la actualidad, siendo Pachacamac el sitio con la ocupación más continua de toda la costa central, con la excepción, quizá, de Ancón. Sus excavaciones animaron a



Fig. 1. «Momia de frente». Pachacamac, 11 de mayo de 1896, 1.40 p.m. Photolisten Uhle 318, Archivo Uhle, Instituto Iberoamericano, Berlín (Cortesía: G. Wolff).

otros para revisar y refinar su secuencia. En forma intermitente, excavaciones posteriores en Pachacamac siguen hasta en la actualidad (para resúmenes de las investigaciones, *Cf.* Shimada 1991; Eeckhout 2000). Una situación semejante vale para Ancón (*Cf.* Kauffmann-Doig 1996; Kaulicke 1997a), Maranga (Kroeber 1954; Narváez 1999; Shady y Narváez 1999, 2000; *Cf.* Mac Kay y Santa Cruz, este número) y Cajamarquilla (Villar Córdoba 1935; Giesecke 1937; Casavilca 1939; Stumer 1954 a; Cerulli 1967, 1969; Sestieri 1963, 1964a, b; 1971, 1972; Franco 1998; Segura 1999, *Cf.* Mogrovejo y Segura, este número). Otros sitios importantes son la Huaca Juliana o Pucllana (Kroeber 1954; Flores 1981; Vásquez 1984; Montoya 1995), Cerro Culebra (Stumer 1954b, 1955; Bonavia 1985; Engel 1987; Silva et al. 1988; Paredes 1993; Mogrovejo 1995; Falcón y Amador 1997), Socos (Isla y Guerrero 1987), Túpac Amaru (Rodríguez 1999), Playa Grande (Stumer 1953; Tabío 1965), entre otros.

Este impresionante despliegue de actividades, que abarcan un lapso de unos 140 años, debería reflejarse en conceptos claros acerca de los procesos culturales y la cronología. Esto, sin embargo, no es así. La mayoría de las publicaciones citadas, a las que se podrían agregar otras, pecan por su carácter preliminar, a veces especulativo, sin la presentación adecuada del material y las presentaciones y discusiones pertinentes acerca de la estratigrafía, patrones de asentamiento, contextos arquitectónicos con sus correspondientes técnicas de construcción y los miles de contextos



Fig. 2. «Momia de atrás». Pachacamac, 11 de mayo de 1896, 1.50 p.m. Photolisten Uhle 319, Archivo Uhle, Instituto Iberoamericano, Berlín (Cortesía: G. Wolff).

funerarios. Para casi todos los sitios falta el plano preciso que era tan caro a Uhle. Muchos otros trabajos ni siquiera cuentan con informes escuetos, de modo que las investigaciones pioneras de Uhle aún mantienen vigencia, aunque éstas mismas deberían publicarse más íntegramente. Esta reticencia de publicaciones monográficas, la que se constituye como una característica general en la arqueología peruana, facilita, de manera evidente, generalizaciones generosas poco controlables, convirtiéndose, de esta manera, en literatura ficticia en la que hipótesis contrastadas se perpetúan sin mayor fundamentación. Cronologías globales «resuelven» aquéllas locales y regionales en clásicos círculos viciosos. La arquitectura monumental, por su visibilidad, está casi aislada en un espacio indefinido, ya que las unidades domésticas, los talleres de cerámica, metal y textiles, la organización interna de aldeas, los sistemas de irrigación y de cultivo, sistemas de defensa, etc., se mantienen casi invisibles en el registro disponible. Aún el aspecto funcional de la arquitectura monumental (templos, palacios o centros administrativos) no se resuelve por datos arqueológicos, sino por analogías etnohistóricas.

A continuación se presentará el conjunto de los esquemas cronológicos con discusiones de los diferentes estilos propuestos, así como enfoques más recientes basados en contextos arqueológicos. Luego se tratará de llegar a una historia del lapso que corresponde temáticamente y sus implicancias.



Fig. 3. «Momia excavada por mí en Pachacamac, con uno de mis obreros al lado». Pachacamac, 28 de mayo de 1896, 4.45 p.m. Photolisten Uhle 325, Archivo Uhle, Instituto Iberoamericano, Berlín (Cortesía: G. Wolff).



Fig. 4. «Una de las momias excavadas por mí en Pachacamac». Pachacamac, 2 de junio de 1896, 10.10 a.m. Photolisten Uhle 334, Archivo Uhle, Instituto Iberoamericano, Berlín (Cortesía: G. Wolff).



Fig. 5. «Momia con tapiz». Pachacamac, 13 de junio de 1896, 9.45 a.m. Photolisten Uhle 344, Archivo Uhle, Instituto Iberoamericano, Berlín (Cortesía: G. Wolff).

A. Los esquemas cronológicos vs. las evidencias

Basándose en los resultados obtenidos por Uhle, el «Tiahuanaco costeño» está enmarcado por evidencias previas, llamadas «Proto-Lima» por él, así como posteriores, los llamados estilos epigonales, considerados como una especie de «degeneración» del estilo «Tiahuanaco» más puro hasta la aparición de estilos diferentes. A diferencia de Uhle, las cronologías posteriores se centran básicamente en la cerámica, en particular aquélla que ha adquirido más aceptación, la de Dorothy Menzel (Cf. abajo).

El estilo Lima

El «Proto-Lima» de Uhle recibe posteriormente una multitud de otras denominaciones con definiciones diversas que han causado una cierta confusión. De este modo se relaciona con el «Interlocking» (Kroeber 1926), «Pachacamac Interlocking» (Strong y Corbett 1943), «Playa Grande» (Stumer 1953); la presencia de ingredientes del estilo Nievería (Cf. abajo) se convierte en «Proto-Lima» (Kroeber 1926, 1954; Gayton 1927), «Cajamarquilla» (D'Harcourt 1922), «Early Lima» (Strong y Corbett 1943) y «Maranga» (Stumer 1953) (Cf. Shimada 1991: XVIII-XXII, Tabla 2; Cf. Patterson



Fig. 6. «Otra momia parecida, ambas [con la de la Fig. 5] sacadas por debajo de la terraza». Pachacamac, 13 de junio de 1896, 10.50 a.m. Photolisten Uhle 349, Archivo Uhle, Instituto Iberoamericano, Berlín (Cortesía: G. Wolff).

1966: 34-36 entre otros). Estos términos se refieren tanto a un tipo específico de decoración (*Interlocking* o entrelazado) como a sitios (Playa Grande, etc.) o regiones (Lima), pero sus definiciones no son siempre claras. La inclusión de Nievería introduce también un elemento estilístico diferenciado que podría conllevar confusiones adicionales (Cf. abajo, Nievería).

La propuesta estilística más específica es la de Patterson (1966). Dentro de un marco cronológico, aceptado por la «Escuela de Berkeley», el estilo, llamado por él «Lima», se ubica en el Periodo Intermedio Temprano. Su enfoque consiste en una combinación entre estratigrafía y seriación que resulta en una secuencia de nueve fases (Lima 1-9). El material analizado de la fase Lima 1 proviene del Sitio 2 (Ancón, 103 fragmentos); estratigráficamente se ubica encima de Colinas 2 (Horizonte Temprano). Lima 2 existe en Playa Grande (niveles 1,0-2,5 metros), con 199 fragmentos. Lima 3 se limita a 83 tiestos del Sitio 2 de Ancón; se ubica sobre una capa «precerámica» y debajo de otra con material Lima 6. La colección de Lima 4 también proviene de Playa Grande (1643 piezas), de una secuencia estratigráfica que se inicia con Base Aérea, la fase inicial del estilo Miramar (inicios del Periodo Intermedio Temprano), y que termina en Lima 6. La fase 5 fue definida en Cerro Culebra, cuyo extremo occidental contiene material Lima 3 y 4, mientras que Lima 4 y 5 se encuentran en el

extremo oriental del sitio (758 fragmentos). Lima 6 proviene de Copacabana (Cerro Campana), con evidencias de Lima 4 a 6 a partir de una colección de 297 piezas. Lima 7 (91 fragmentos) proviene de material de superficie de La Uva (91 piezas), Lima 8 de la superficie de El Carmen (89 piezas) y Lima 9 de Huaca Juliana (alrededor de 400 piezas) (*Ibid.*: 36-38, 44, 48, 51, 55, 60, 65, 70, 74, 77).

De ello se desprende que las fases Lima 1 a 4 aparecen en Ancón y Playa Grande, el material correspondiente a Lima 5 hasta 8 proviene de sitios entre Ancón y, principalmente, el valle del Chillón, así como Lima 9 del Rímac. Los materiales de Uhle y Willey, excavados en Chancay, corresponden a las fases 2 hasta 6, mientras que los sitios de Maranga y Nievería arrojaron básicamente material de Lima 7 a 9. Pachacamac tendría evidencias de Lima 3 y 4, pero también Lima 6 a 9 (*Ibid.*: apéndices 1-8). En la Tabla 3 (*Ibid.*: 104), en consecuencia, se propone la secuencia completa sólo para la zona de Ancón/Chillón; los sitios de Chancay se inician en Lima 2 y termina en Lima 6, mientras que los del valle del Rímac abarcan Lima 4 a 9, al igual que en el valle de Lurín, donde también hay evidencias de Lima 3. Por medio de comparaciones con otras áreas, Lima 1 y 2 corresponden a Nazca 5 o Moche II, Lima 3 y 4 a Nazca 6 o Moche III, Lima 5, 6 y el inicio de 7 a Nazca 7 o Moche IV, así como parcialmente Lima 7, 8 hasta el inicio de 9 son contemporáneos con Nazca 8 y Moche V.

Sin poder discutir estos alcances debidamente, se percibe un cierto desbalance entre los conjuntos de Ancón y Chillón, a los que, al parecer, se suma el de Chancay, con un predominio de las fases tempranas, aunque ningún sitio presenta la secuencia completa; en todos los casos la evidencia estratigráfica no está presentada debidamente. Por otro lado, los valles más sureños presentan sólo una débil presencia de las fases tempranas con predominio de Lima 7 a 9, todas ellas definidas en base de material de superficie, pese a la existencia de los sitios más grandes y más complejos. Este conjunto final implica además cambios sumamente seguidos, tres fases que equivalen a solamente una de Nazca 8 y Moche V. Asimismo las fases más tempranas parecen ser más refinadas que aquéllas contemporáneas del sur y del norte, lo cual resulta algo sorprendente tomando en cuenta lo reducido del material cerámico fragmentado. De acuerdo con el autor, podría generalizarse en tres conjuntos, Lima 1 a 3, Lima 4 a 6, y Lima 7 a 9 (*Ibid.*: 80-91). Este esquema cronológico conduce a una historia de los patrones de asentamiento (*Ibid.*: 116-117). Se inicia con el yacimiento Playa Grande, probablemente por parte de habitantes de Ancón, que se convierte en un centro urbano durante Lima 5 y 6; otros surgen en el valle del Chillón, contemporáneos a pequeños asentamientos rurales sobre los cerros, un proceso que termina en el Periodo Intermedio Temprano 8 (Lima 7 a 9). En el valle del Rímac, en cambio, Maranga, y, posiblemente, Huaca Juliana y Huaca Trujillo, comienzan a construirse entre Lima 3 y 4. Crecen en tamaño en Lima 7 y las fases siguientes, cuando Cajamarquilla se convierte en el centro urbano más importante de la costa central. Contextos funerarios intrusivos en Maranga y, posiblemente, Huaca Juliana, indican que estos centros fueron ya abandonados en la Época 8 del Periodo Intermedio Temprano. Las pirámides de Pachacamac fueron levantadas en la misma época, donde un contexto funerario extraordinario de unos 100 individuos, con cerámica asociada Lima 8 y 9, sugiere un sacrificio masivo para la construcción.

Patterson no se decide claramente en cuanto a la génesis de este estilo. Para Uhle (1910, 1996), existen influencias tan marcadas de lo que llamó «Proto-Nazca» (hoy estilo Nazca) que piensa que deriva de esta última (*Cf.* mapas de Uhle de 1907 en Kaulicke 1998: 203, 229). Kroeber (1926: 326-327) acepta la presencia de rasgos de lo que llama «Nazca Y», pero matiza en reconocer otros rasgos también. Esta opinión es compartida por Patterson, quien precisa los paralelos entre Nazca 7, Moche IV y Lima 5 a 7 (Patterson 1966: 101-102).

El problema más grave del enfoque de Patterson es la poca transparencia en cuanto a las asociaciones de esta cerámica, ya que ésta proviene de sondeos cuya estratigrafía no está discutida, de modo que no se excluye material mezclado en rellenos constructivos. No existen planos de los sitios discutidos y tampoco evidencias de fases o técnicas constructivas; los contextos funerarios

sólo sirven de «fondo» para la asignación estilística de la cerámica asociada. Por esta razón, se discute el problema del estilo Lima y de los demás siguiendo los siguientes criterios: a) distribución de sitios atribuidos al estilo, b) características arquitectónicas, y c) contextos funerarios.

a) Distribución

Goldhausen (2001: 223-225, Fig. 2) traza los límites al norte del valle del Chillón, al sur del valle de Lurín y, al este, a las alturas de la *chaupiyunga*, como el sitio de Huancayo Alto (Dillehay 1976), al que se suman Trapiche y Cocayalta en el Chillón (Paredes 1993: Fig. 1) y una serie de sitios en Lurín (Cf. Patterson et. al. 1982: Figs. 1-8). Estos sitios del interior parecen ser reducidos en tamaño, mientras que los sitios o complejos mayores se encuentran cerca de la playa, como Cerro Trinidad, Ancón, Playa Grande, Cerro Culebra, Maranga, Pucllana y Pachacamac. Sitios grandes también se ubican en la parte media, como Copacabana, Cajamarquilla y Vista Alegre. Los tamaños alcanzan dimensiones notables como Copacabana, con 86 hectáreas (Falcón 2001), Maranga, con unas 150 hectáreas (Canziani 1987: 11) y Cajamarquilla, con 167 hectáreas (Franco 1998: 74, aunque también comprende el área de construcciones tardías). El valle del Rímac cuenta con la mayor densidad de sitios, incluyendo los de mayor tamaño (para el valle de Lurín. Cf. Patterson et al. 1982).

En cuanto a la arquitectura, las investigaciones se han concentrado en los edificios monumentales, sin que éstos cuenten con documentación apropiada para tratar de establecer una tipología. Las técnicas de construcción también son variadas. El empleo de adobes paralelepípedos es típico y éstos se presentan en diferentes tamaños, básicamente pequeños, colocados de manera vertical, horizontal y aún en filas ligeramente inclinadas; existen adobes más cuadrados o cúbicos, trozos de adobes, todos ellos con mortero más o menos abundante v.g. en Maranga y Pucllana. En Cajamarquilla, en cambio, predomina el uso de tapia. Estructuras menores se erigen por medio de adobes, con paredes de quincha o cantos rodados. Las construcciones mayores tienen, por lo general, superposiciones más o menos frecuentes. A continuación se describirán algunos ejemplos al respecto.

b) Arquitectura

Cerro Culebra, en el valle del Chillón, ha recibido atención durante un tiempo prolongado aunque su documentación se limita a informes escuetos (Stumer 1954b, 1955; Engel 1987: 113-114, Fig. III-8 a-d; Silva et al. 1988; Paredes 1993). Consiste en un edificio central en forma de pirámide trapezoidal de 65 por 40 metros, construido de tapia, con orientación NE-SO y paralelo al curso del río Chillón (Cf. plano en Engel 1987: Fig. III-8a). Las áreas de viviendas se ubican en las quebradas hacia el norte del sitio (Paredes 1993: Fig. 3) cubriendo un área de unas 35 hectáreas (*Ibid.*: 54). Estas viviendas parecen corresponder a diferentes tipos de construcciones. Stumer (1954b: 221) excavó recintos de muros de tapia que servían de cimiento a paredes de cañas y vigas con techos ornamentados de cornisas pintadas y, al parecer, restos de pintura mural. Estas características, así como muros y caminos, indican estructuras relacionadas al edificio principal y, por tanto, podrían ser residencias. Silva et al. (1988: 27-28, Fig. 4) excavaron estructuras más sencillas de quincha, aparentemente semejantes a otras más completas de la Huaca 20 de Maranga (Cf. Mac Kay y Santa Cruz, este número). La estructura principal destaca también por tener una serie de pinturas murales ubicada al noroeste de una escalera hecha de tapia (Paredes 1993: 54, Fig. 4). Tienen un largo de 28 metros y fueron excavadas por Stumer (1954b, 1955) y documentadas por Bonavia (1985: 35-40, Pls. 2-4, Figs. 20-24; Cf. J. Paredes 1992: Fig. 5; 1999: Fig. 12). En este trabajo se nota que parte del diseño policromo no estaba pintada sobre un muro de tapia, sino de adobes cúbicos (Bonavia: 1985). Murales con diseños parecidos fueron excavados ya por Uhle en el sitio de Cerro Trinidad, ubicado en el valle de Chancay (Uhle 1910: Fig. 6, 1998b: Fig. 6) y se asemejan mucho a los diseños en la cerámica (Cf. Goldhausen 2001: Fig. 6), así como en tejidos (Mogrovejo 1995). Otros elementos

arquitectónicos son postes de madera; uno de ellos procede de Playa Grande y lleva incisiones del mismo tipo «entrelazado» (Falcón 2000: 56, foto 2).

Si bien todos los autores reconocen superposiciones en Cerro Culebra, no se ponen de acuerdo en cuántas hubo, ni cómo se caracterizan, aunque parecen concordar que se trata de lo que podría llamarse Lima Medio, sobre todo en cuanto a la atribución estilística de pintura mural y la cerámica. En un nivel comparativo llama la atención el estrecho parecido entre la planta del edificio principal de Cerro Culebra y el de la parte central del complejo Tello de Cajamarquilla (Cf. J. Paredes 1992: Fig. 3 con Franco 1998: 74 y Segura 1999, Fig. 3). De acuerdo a estos planos, esta parte central, como el edificio de Cerro Culebra, construido de tapia, tiene una orientación desviada con relación a la del complejo total de modo que podría tratarse de su parte más temprana. Fuera de la construcción en tapia también hay evidencias de pequeños adobes paralelepípedos, colocados en «patrón de librero» y de yapana pircada. Segura (1999; Cf. Mogrovejo y Segura, este número) propone una secuencia de siete fases constructivas; la última constituye una reocupación tardía, la penúltima consiste básicamente en contextos funerarios del Horizonte Medio 1B y 2A y un «uso semidoméstico... [de] espacios precedentes» (*Ibid.*: 23, ocupación pastoril en Mogrovejo y Segura, este número), mientras que las primeras dos fases no se han detectado en la pirámide (¿edificio trapezoidal alargado?); por tanto, quedan tres fases, CI a III, la segunda (CII) como de mayor extensión y auge del complejo. En uno de los recintos, Segura excavó un conjunto de pozos con cerámica rota, la cual corresponde a lo que Patterson define como Lima 7, 8 y 9, a lo que se agrega un porcentaje reducido de cerámica Nievería (construcción de los pozos en CI a y b, uso en CII). Esta cerámica, en su conjunto, es típica de aquella que está asociada a la mayoría de los sitios monumentales del valle del Rímac (Pucllana, Maranga, Vista Alegre, Tupac Amaru B, entre otros). Es probable, por tanto, que el auge del conjunto Tello coincida con el auge de Cajamarquilla y, por extensión, de todos los otros centros mencionados.

Por último, se presentarán algunas evidencias de Maranga. Recientemente se han iniciado dos proyectos, uno en la Huaca San Marcos, antes Aramburú, dirigido por Ruth Shady, y otro en la Huaca 20 (Mac Kay y Santa Cruz, este número). La primera es una estructura enorme⁸ que consiste en un cuerpo alargado con cinco plataformas y otro más pequeño, adosado hacia el suroeste con otras tres plataformas (Shady y Narváez 2000: Fig. 1; foto aérea en Narváez 1999: 5). Su orientación, NNE-SSO (25° NE), es perpendicular a la línea de playa, la cual está a unos 2 kilómetros al suroeste del sitio. Por destrucciones, debido a diversas construcciones y excavaciones previas, se reconocen varias fases constructivas, básicamente en forma de adobes colocados de modo vertical con enlucido, por lo general amarillo, así como adobes en diagonal, cúbicos y otros. En 1903, Uhle excavó en el sitio (Uhle 1910, 1998),⁹ y le siguieron, en 1925, Jijón y Caamaño y Kroeber (Jijón y Caamaño 1949; Kroeber 1954). Los trabajos más importantes fueron realizados entre 1963 y 1970, de los cuales sólo existe una tesis inédita (Alarcón 1971). Este autor sostiene la presencia de tres etapas: Maranga, tiahuanacoide y post-tiahuanaco, cada una con sus propias técnicas de construcción. Desde 1999 se han reanudado las investigaciones en el sitio (Narváez 1999; Shady y Narváez 1999; Shady y Narváez 2000). Sobre las plataformas mencionadas se erigían recintos, corredores, escalinatas y rampas, sobre los que aún no se han publicados detalles (para una descripción más detallada, Cf. Tello 1999: 85; Guerrero 1999: 83; para una reconstrucción, Cf. Ravines 1994: 275, Fig. 368). En uno de los corredores de la Plataforma 2 se halló un quipu en rellenos, los que también contenían cerámica Nievería, Lima 9 y Pachacamac. De este modo, la Huaca San Marcos corresponde en gran parte al estilo Lima, básicamente Lima tardío (7 a 9). En la parte destruida por la carretera también se percibe otro tipo de adobes, que se asemejan a los de Cerro Culebra; las estructuras encima de las plataformas parecen haberse modificado o utilizado hasta el Horizonte Medio 2B, pero luego sirven de cementerio para lo que se suele llamar Ichma. Otro aspecto importante es la presencia de enormes vasijas, quizás usadas para el procesamiento de la chicha, como parte de festejos cuyo momento final fue ubicado en Cajamarquilla, donde aparece el mismo tipo de cerámica (Cf. Mogrovejo y Segura, este número).

La Huaca 20 (Cf. Mac Kay y Santa Cruz, este número) pertenece a una categoría menor. Sólo quedó parte de un montículo (Cf. Canziani 1987: 10), que contenía pozos con mates, cuyes y niños en vez de los contextos funerarios de las huacas mayores, probablemente también correspondientes a Ichma. Cubría una serie de pisos, separados por rellenos, de un espesor total de 1,3 metros. Estos pisos se caracterizan por estructuras de diferentes tipos. Mac Kay y Santa Cruz reconocen, de manera tentativa, ocho fases: 1 y 2 podrían corresponder a Lima 5 y 6, mientras que las fases 3 a 7 coinciden con Lima 7 a 9. La fase 8 también se asocia a Lima 7 hasta 9 y, adicionalmente, contiene material Nievería y Chakipampa B. En cuanto al material constructivo, aparecen estructuras con cantos rodados desde la fase 1; en la fase 4 se observaron adobes cúbicos, en la fase 5 «adobitos de librero» y en la fase 7, quinchá.

c) Contextos funerarios

Generalmente se asume que el patrón funerario Lima se caracteriza por fosas alargadas sencillas, posición extendida ventral sobre una tarima hecha de palos o cañas, envueltos en mantas, orientación hacia el Sur y objetos asociados ubicados por el cráneo (Cf. Falcón y Amador 1997; Goldhausen 2001: 225, entre otros). Esta afirmación, sin embargo, no sólo se basa en datos poco detallados y ejemplos esporádicos, sino incluye a veces ejemplos de Nievería. Para evitar reiteraciones de carácter general, se presentarán algunos casos.

En Cerro Culebra se excavó un total de 43 contextos, en cuatro agrupaciones no especificadas, en las quebradas II y III (Cf. Paredes 1993: Fig. 3), de los que sólo se describe uno (Falcón y Amador 1997). En una fosa sencilla, cuya boca no pudo ser identificada, yacía un infante en posición extendida ventral con deformación craneana, un probable collar de cuentas de *Spondylus* y material no identificado en las manos. Estaba envuelto en seis capas de tejido llano de algodón, entre las que hubo una valva de *Mesodesma* y otras cuentas de *Spondylus* debajo de la primera capa. Estaba amarrado por medio de soguillas de material vegetal sobre una camilla de palos de sauce. Tres vasijas burdas en miniatura (dos cuencos y una botella mamiforme) se ubicaron por la cabeza, así como una figurina por el hombro derecho (para figurinas del sitio, Cf. Amador 1998). La cerámica, al parecer, no permitió atribuir el contexto a una de las fases de Patterson.

Stumer (1953) describe de manera somera 13 contextos excavados en Playa Grande. Aparentemente se trata de fosas alargadas con varios individuos en posición extendida ventral —así, el Entierro 9 contenía tres adultos y tres niños— en total 30 individuos. Estaban envueltos en telas de algodón bordados con lana de llama o vicuña. También se encontró un cenotafio (simulacro de entierro) en forma de un tronco de árbol, amarrado, como los individuos, sobre una tarima; su orientación era E-O. Contenía cuencos decorados de calabaza, un cuenco de arcilla sin cocer, utensilios de alfarería, muchas hojas, textiles y cabello humano, los que rodeaban al cenotafio en forma circular. Los otros contextos contenían muchos objetos en forma de cebolla, envueltos en hojas de maíz o tejidos de cabello humano que contenían algodón hilado. Estos objetos estaban asociados a una o más vasijas finas, las que, con frecuencia, se encontraban rotas intencionalmente. También eran comunes puntas de madera. Dos cestos de mimbre bien hechos estaban revestidos de cuero de la cabeza y de rostros humanos firmemente cosidos a ellos. La nariz estaba reforzada con una pieza de madera o hueso. En la cercanía del individuo se hallaron piruros de cuarzo rosado y alabastro, valvas trabajadas, collares y chaquiras de *Spondylus*, y figurinas femeninas desnudas talladas en hueso que dejan entrever influencias del sur (Nazca). Son notables, además, las aves disecadas, identificadas como papagayos. En los adultos se encontraban cerca de la cabeza, mientras que los niños las tenían en sus envoltorios. Patterson (1966: 119-120) atribuye estos contextos entre Lima 4 y 6.

Jijón y Caamaño (1949) excavó una veintena de contextos con un total de 51 individuos en la Huaca Middendorf (Huaca 21), al sur de la Huaca San Marcos, en el complejo Maranga. Reconoce tres grupos a profundidades diferentes, entre 1,8 y 5,9 metros. En cada uno de éstos aparecen

grupos de individuos. El más superficial contiene contextos muy disturbados, uno de ellos con una botella Nievería (*Ibid.*: Fig. 7). Los otros dos se caracterizan por presentar individuos extendidos ventrales y dorsales con orientación S-N (con la cabeza hacia el Sur) o E-O. Tienen vasijas, relativamente muchas en miniatura, las que son más frecuentes en el grupo más temprano, asociadas con antaras y muñecos de hilo y trapo o de cerámica, canastos y perros, así como dos *scalps* (*Ibid.*: Fig. 8a, b, c; Cf. Jijón y Caamaño 1933). Recientemente, Paredes (1999) encontró otros cuatro ejemplares de este tipo en el mismo sitio, los mismos que están mejor conservados. Se trata de la piel facial; los ojos y la boca están cosidas. La parte posterior ha sido cosida con soguillas de totora y contienen un relleno vegetal de totora, carricillo (*Pennisetum* sp.), pancas de maíz y algodón. En una olla del contexto más profundo de Jijón había tamales. Muy importantes son los ejemplares de tapices y gases asociados en forma de hondas, vestimenta y envolturas (Jijón 1949: Lám. LXIV, 18-19, 20 [Cf. dibujos en Goldhausen 2001: Figs. 10, 13b, 17] y Figs. 199-205, Láms. LXVII, 3; LXXII, 1, 6, 9, 10; LXXXI, 5; LXXXV, 11). Patterson no ha asignado estos contextos a su secuencia de Lima, limitándose a la cerámica en los rellenos tempranos, los que, según él, contienen una mezcla entre Lima 4 y 8. Según las indicaciones de Jijón, sus contextos se ubican por encima de estos rellenos, lo cual implica que deberían fechar en un Lima tardío (8 o 9). Esto concuerda con la cerámica ilustrada, la presencia de cerámica negra y formas que aparecen en Nievería en contextos de Uhle asignados a Lima 9. Goldhausen (2001), en cambio, sostiene que se trata de un Lima medio.

Un total de 135 contextos excavados por Mac Kay y Santa Cruz (este número) en la Huaca 20 del mismo complejo Maranga, aparecen en dos fases (3 y 6). Se caracterizan también por presentarse en grupos reducidos de ambos sexos y todas las edades, ubicados cerca de un canal, con superposiciones y orientaciones algo diferidas. Normalmente son extendidos ventrales, aunque también hay dorsales, flexionados sentados o flexionados echados. Pueden tener vasijas, con frecuencia de tamaño reducido, antaras y ocarinas, piruros de piedra, batanes, manos de moler y piedras. Los autores asignan sus fases 3 a 7 a Lima Tardío (Lima 7-9).

En el cementerio de Nievería, cerca de Cajamarquilla, Uhle excavó 34 contextos con lotes documentados (Gayton 1927). Lamentablemente, Uhle no publicó sus observaciones acerca de los contextos, pero la cerámica (entre una y siete piezas por contexto) corresponde estilísticamente a Lima 7 hasta 9, y sólo 10 contextos son posteriores (Nievería o Pachacamac). Esto concuerda bien con los datos de la arquitectura de Cajamarquilla, donde contextos funerarios Nievería en la cima del complejo Tello (Cf. Mogrovejo y Segura, este número) indican el abandono del complejo.

En resumen, resaltan varios aspectos importantes que no necesariamente concuerdan con el esquema propuesto por Patterson. La parte temprana de la secuencia lima no cuenta con contextos claros; un Lima Medio, en cambio, parece estar presente con todos los valles, en el del Rímac básicamente como inicio de construcciones monumentales. El conjunto de Lima Tardío (Lima 7 a 9), presenta una ocupación densa, con evidencia de expansión de sitios, hasta tal forma que no solamente se les adjudica el status de centros urbanos, sino que se visualiza un Estado Lima que comprende prácticamente todo el ámbito ocupado por sitios con evidencias correspondientes (Earle 1972; Goldhausen 2001, entre otros). Estos sitios grandes, sin embargo, se concentran en el valle del Rímac, tanto cerca de la costa (Maranga y Pucllana), como en la parte media (Cajamarquilla, Vista Alegre, Huaca Trujillo, etc.), Copacabana, en el valle del Chillón, parece crecer en este mismo periodo (Falcón 2001), y algo semejante ocurre en Pachacamac (Cf. Marcone, este número). Según varios autores, este conjunto Lima 7 a 9 corresponde también a una unidad cronológica, sin la posibilidad de mantener las subdivisiones reconocidas por Patterson. Ciertamente la cerámica, en particular, cántaros de tamaño grande, muestran características compartidas en la mayoría de los sitios. Es probable que éstas estén relacionadas con la elaboración de chicha en contextos ritualizados (Cf. Segura 1999; Mogrovejo y Segura, este número). Sin embargo, comparaciones más estrictas entre los cuantiosos materiales de estos sitios, procedentes de contextos seguros, están por realizarse aún. Las intervenciones limitadas en los complejos más grandes, como Maranga y Cajamarquilla, no

necesariamente permiten las generalizaciones expresadas. Ya que existe material del Formativo en Maranga (Shady 1983), la historia ocupacional de este complejo puede ser más prolongada y compleja de lo asumido generalmente. La construcción, el uso y el abandono de las estructuras monumentales tampoco tienen que coincidir necesariamente (Cf. abajo). Si se quiere definir el carácter urbano de este sitio, se impone un estudio más global no sólo de lo monumental, sino también de los espacios abiertos con arquitectura que no dejó rasgos en la superficie (Cf. Mac Kay y Santa Cruz, este número) o de los montículos menores. Esto también se conecta al estudio del sistema de canales que funcionaban dentro del complejo de Maranga y su relación con el curso del río Rímac en ese entonces. Tanto Maranga como Cajamarquilla deben haberse sustentado de un amplio espacio de campos de cultivo en sus alrededores. Si bien existe la posibilidad de que estos centros grandes hayan coexistido, no implica que hayan formado parte de un mismo sistema político. Parece más bien probable que se trata de una especie de ciudades-estado con funciones diferentes. De este modo es posible que Pachacamac ya haya consolidado su significado de centro religioso quizá con la noción de oráculo en Lima Tardío. Esto implica también una especie de concentración de la población y el abandono de áreas periféricas, lo que podría explicar el aparente abandono de Cerro Culebra, Cerro Trinidad y otros sitios en el Chancay y Chillón, salvo que elementos de Lima Medio hayan perdurado por más tiempo en estos valles.

Un problema particular reside en la emergencia y génesis del estilo Nievería. Sobre todo, los datos de Segura, en cuanto a la historia ocupacional del complejo Tello en Cajamarquilla, sugieren una contemporaneidad de un Nievería «temprano» con Lima Tardío, fines del Periodo Intermedio Temprano en la secuencia de Patterson o Horizonte Medio 1A, en la cronología de Menzel, lo que es una asociación observada en otros sitios también. Esta discusión tiene que postergarse hasta haber discutido este estilo «nuevo».¹⁰

El estilo Nievería

En 1964, Dorothy Menzel presenta una síntesis del Horizonte Medio cuya precisión no ha sido superada hasta la actualidad. Desde una perspectiva «ayacuchana», se concentra en un análisis detenido de la cerámica, con preferencia contextualizada, en sus diferentes expresiones como *oversized ceremonial*, *ceremonial*, *lay elite*, *secular*; *fancy* o *less fancy ware* (Cf. Menzel 1968), cubriendo un espacio geográfico que abarca básicamente la sierra surcentral, la costa sur y la costa central. Con ello, Menzel define unos ocho estilos para la zona de Ayacucho, otros dos ligados de manera estrecha en el valle de Nazca, uno en la costa sur central y dos en la costa central. Todos aquellos fuera de Huari se entienden como fusiones de los estilos más representativos presentes en la zona de Huari y otros menores de orden más local o regional. Estos estilos se describen brevemente y se presenta la base de datos, los que, con frecuencia, consisten de material inaccesible. Las ilustraciones, relativamente escasas, muestran sólo piezas de la zona de Ayacucho, Nazca e Ica. Precisamente, estas fusiones, cuyo mecanismo específico queda poco aclarado, permiten correlaciones sobre áreas extensas, lo cual justifica el término «Horizonte». Estas correlaciones se expresan en épocas (*epochs*). Menzel reconoce cuatro de ellas, las primeras dos reciben su atención casi total y se subdividen en 1A, 1B, 2A y 2B. Con la excepción de Ayacucho, la Epoca 1A se caracteriza por estilos regionales y a partir de 1B se siente el impacto por la intrusión de cerámica serrana en la costa. La Epoca 2 introduce innovaciones y se caracteriza más por lo que comúnmente se considera «Huari» o «Tiahuanaco Costeño». En general, se trata de una cronología estrictamente relativa: Menzel no trata de contrastarla con los pocos fechados radiocarbónicos que existían en su tiempo. En 1968, agrega nuevos datos y se concentra en las ofrendas de cerámica (Menzel 1968); en 1977 discute materiales de Uhle y define de modo más preciso las épocas 3 y 4 de la costa central (Menzel 1977).

Basándose en los materiales de Uhle, en particular del sitio epónimo para el estilo, de Stumer (Vista Alegre) y de González (Ancón), Menzel (1964: 32-33) define el estilo Nievería a partir de innovaciones locales y exógenas. Se caracteriza por su pasta fina, el poco espesor de las paredes, la

pasta anaranjada y el buen acabado de la superficie, así como por una variedad de botellas modeladas. Reconoce la presencia de rasgos «conservadores» como herencia del estilo Lima. Se reconocen también influencias serranas en diseños adaptados de los estilos Ocos y Chakipampa, así como Nazca 9. Además de estas adaptaciones, existen vasijas importadas de los estilos Chakipampa B, Robles Moqo y Moche V. En el Museo Larco se encuentran vasijas que supuestamente proceden de Piura y Pátapo. Por último, existen piezas arcaizantes como la botella con imitaciones del estilo Cupisnique publicada por Stumer (1958: Fig. 10). Este estilo se ubica cronológicamente en la Época 1B, aunque Menzel también reconoce un Nievería Derivado que aparece en contextos del Horizonte Medio 2B (Menzel 1964: 31, 1977: 46, Fig. 108).

a) Distribución

De acuerdo con Shady (1982: 17-19), cerámica del estilo Nievería se asocia a sitios en el valle del Rímac como Huaca III de Maranga (excavación de Jijón y Caamaño, *Cf.* arriba), Huaca Juliana (excavaciones de Kroeber e Isabel Flores), Makat-Tampu, Mangamarca, Cajamarquilla y Vista Alegre o Catalina Huanca, a lo que se suma Huaca Trujillo y la pirámide de Nievería (Silva 1992),¹¹ así como El Vallecito, Huachipa y Huampaní Alto A y B (Guerrero y Palacios 1994), entre otros (*Cf.* Tupac Amaru B, Rodríguez 1999). En el sector alto del mismo valle se han encontrado evidencias en Chaclla, Collata (Cárdenas 1974-75), Calancancha (Huanza) (Kaulicke 1974-75) y San Pedro de Casta (Shady 1982: 17-18). También aparece en Copacabana y en Ancón, en el valle del Chillón (Ravines 1979; Kaulicke 1983, 1997a), así como en cementerios saqueados de los valles de Chancay, Huaura y Supe-Pativilca (Shady 1982: 18). Villar Córdoba (1935: 309-310) menciona un sitio en la sierra de Canta, llamado Huascoy, a «media legua al oriente de la metrópoli [de Chipprak]... hay dos promontorios piramidales que fueron perforados para conservar dentro de ellos, a sus ídolos y cadáveres. Esto explica el hecho de encontrarse largas galerías y depósitos, conteniendo los más finos ejemplares de cerámica que se ha encontrado en esta región». Esta cerámica aparece también en lo que Villar Córdoba llama «cistas o pozos sepulcrales» y parece tener una distribución más general en la sierra de Canta, «con toda probabilidad y muy vinculada con la cerámica de Nievería» (*Ibid.*: 366-367, Láms. XXXIX, XL, 2; XLI, XLII). Farfán (1995: 57-59, Fig. 21A) documenta cerámica del actual pueblo de Huaros, cerca de Canta, así como de Huaracaure, cerca de Huaros, a 3700 metros sobre el nivel del mar, donde la cerámica correspondiente proviene de estructuras de piedra con boca cuadrada o rectangular sobre aterrazamientos (*Ibid.*: 57: Fig. 21B). Villar Córdoba indica como sitios en los que se encuentra la cerámica del estilo Nievería en la costa a los siguientes: Huachipa, Ate, Santa Clara, Limatambo, Surco, Huaca Juliana, Chuquitanta, Márquez, Pro, Collique, Chocas y Macas (Villar Córdoba 1935: 388). Su aparición más norteña está en cámaras funerarias de San José de Moro, al norte del valle de Jequetepeque (Castillo y Donnan 1994: 135, Fig. 3.32), dentro de contextos de Moche V (*Cf.* Castillo, este número).

Esta distribución señala claramente un centro en el valle del Rímac, como una continuación de la concentración de sitios de Lima Tardío. Parecen existir, sin embargo, vínculos más estrechos con la sierra marítima de Lima, en las partes altas de los valles del Chillón y del Rímac (*Cf.* abajo). Por otro lado, la cerámica fina aparentemente se convierte en producto de prestigio también en la costa, en particular en cuanto a sus relaciones con Mochica Tardío.

b) Arquitectura

Un problema mayor en la elucidación de este tema reside en la descripción «vertical» de los datos publicados de acuerdo a la estrategia de excavación. Se pone énfasis en la secuencia constructiva, mas no en la excavación en área sobre las plataformas de arquitectura monumental donde se encuentran las construcciones que permiten dilucidar tanto la función como la reocupación, remodelación, abandono, etc., de la arquitectura monumental. Por los datos que aparecen en la literatura, se presentan diferentes posibilidades: a) un sello sobre la arquitectura, que contiene

material Nievería (Cf. Tupac Amaru B, Rodríguez 1999; Huaca 20, Complejo Maranga, Mac Kay y Santa Cruz, este número); b) reocupación parcial (Cf. Cajamarquilla, Segura 1999), o más general (probablemente Huaca San Marcos, Narváez 1999; Shady y Narváez 1999; Shady y Narváez 2000), c) y/o reutilización del espacio rellenado por contextos funerarios (Cf. Cajamarquilla, Mogrovejo y Segura, este número).

Guerrero y Palacios (1994) describen dos aldeas de la zona de Huachipa en el valle del Rímac: El Vallecito (*Ibid.*: Figs. 2-4), y Huampaní Alto A y B (*Ibid.*: 295-296). Se trata de núcleos reticulados de conjuntos de plataformas y terrazas con recintos rectangulares con divisiones internas, construidos de piedra sin cantear y argamasa de barro. Estas construcciones están asociadas a cistas de piedra con techo de falsa bóveda que contienen individuos flexionados. Esta modalidad se observa también en sitios más tempranos del estilo Lima de la zona.

c) Contextos funerarios

Gracias a la publicación de Ravines (1979) se dispone de una documentación relativamente completa de excavaciones llevadas a cabo en la Necrópolis de Ancón, Sector Miramar, gracias a excavaciones realizadas por Marino González y Luis Ccosi Salas entre 1950 y 1953. Se trata de 28 contextos funerarios, aunque parece que se excavaron otros más que quedaron sin datos disponibles.

Se trata, en su mayor parte, de fosas simples de planta rectangular, las que pueden subdividirse en fosas superficiales (n=11) con orientación S-N, con una excepción E-O; fosas más profundas (n=7), con orientación S-N con dos excepciones, una O-E y otra NO-SE; y fosas profundas (n=5), con orientación S-N, una está invertida (N-S) y otra O-E. Por último, hay dos estructuras de boca ovalada a circular (orientación S-N y O-E), otra de boca cuadrada con indicios de una cámara lateral, y una cámara cuadrada, revestida de piedras con otra lateral (Kaulicke 1997a: 20-22, Fig. 11). Estas estructuras, por lo general, contienen sólo un individuo, una tiene dos y otra tres; en otras dos aparecen cenotafios (Cf. arriba, Playa Grande) (*Ibid.*: 17-22). La posición es extendida ventral, con las manos en la región púbica. Este tipo de tratamiento corresponde, en su mayoría, a hombres adultos y niños; uno de los hombres estaba en posición extendida dorsal. Algunos individuos estaban cubiertos por una estera de totora. De un total de 15 mujeres, solo seis estaban en posición extendida ventral. En tres casos miraban hacia el Oeste. Otras tres estaban en posición flexionada sobre el hombro izquierdo. En el caso de las desviaciones de la dirección del eje, la inversión como N-S en vez de S-N, o extendido dorsal en vez de ventral, también se diferencian en los objetos asociados. Los de orientación O-E o E-O recibieron un tratamiento pobre. En la estructura con dos individuos (hombre y, probablemente, mujer), ambos están en posición extendida ventral. La estructura con cámara lateral contenía un hombre y una mujer flexionados sentados; la mujer probablemente llevó una cabeza postiza. La estructura más compleja, con cámara revestida, contenía un individuo de sexo femenino en posición flexionada sentada. Normalmente, las orejeras se asocian a hombres. La mencionada mujer en la cámara revestida de piedras las tenía, además de una vincha decorada con discos de concha y metal y otros 14 discos de madreperla, uno de oro y 20 de cobre, probablemente cosidos a telas. Algunos individuos tenían bolas de algodón en la boca y en un caso se trataba de una concha cortada. Uno de los cenotafios tenía un tejido de algodón como «cuerpo» y un paquete rectangular de algodón como «cabeza»; el otro consistía en una estera de totora enrollada y un paquete envuelto en tela que simulaba la cabeza (*Ibid.*: 34-37).

En estos contextos destaca la escasez de objetos asociados. 12 de los 24 carecen de ellos por completo. La cerámica es la categoría más común: seis contextos contenían dos piezas, otros cinco tenían tres, otros tres, cuatro y en otro hubo siete ceramios. Estos se ubicaban a la derecha e izquierda de la cabeza en los individuos con posición extendida; dos mujeres los tenían sobre la cabeza, como una especie de marcadores. Se trata mayormente de cuencos sencillos y carenados, botellas mamiformes, botellas globulares, cántaros y ollas. La calidad de ellos se relaciona con la

complejidad del contexto. En algunos casos, las botellas sirvieron para contener líquidos, pero otros contenían objetos como un punzón óseo, agujas óseas, fragmentos de caña, granos o mazorcas de maíz, así como mates. Otros objetos, como calabazas, piezas óseas o de madera, son menos comunes. Los de madera aparecen más en contextos de mujeres, los de hueso en los contextos de hombres, mientras que el metal en forma de anzuelos de cobre y objetos de adorno personal sólo se asocia a los contextos más complejos (*Ibid.*: 49-52).

De este análisis se puede concluir lo siguiente: las variantes en las categorías discutidas probablemente señalan variaciones en las posiciones sociales de los individuos enterrados. Hombres y mujeres reciben tratamientos diferenciales y se destacan por objetos asociados, los que, en el caso de las mujeres, indican ocupaciones relacionadas con la textilería, mientras que los hombres se asocian más a objetos relacionados con la pesca. La organización del área funeraria indica además que las estructuras y posiciones «normales» se encuentran en el centro, mientras que aquellos con tratamiento divergente ocupan ubicaciones marginales y destacan por un tratamiento excepcionalmente pobre; también los cenotafios están ubicados en la parte exterior. En cambio, las estructuras más complejas se relacionan con un tratamiento particular y objetos de mejor calidad, ubicándose en el centro. En este caso la inversión, en el sentido de extendido dorsal en vez de ventral, o cabeza hacia el Norte en vez del Sur, adquieren un significado especial. Cerámica de buena calidad y formas complejas, orejeras decoradas, peluca, máscara y el uso de metales —en particular oro—, parecen ser indicadores de status privilegiado al que podían acceder también las mujeres (*Ibid.*: 63, 65, 67-68).

Cerámica, generalmente de mejor calidad, procede del cementerio de Nievería (Gayton 1927; Shady 1982: Figs. 3c, d; 4a, c, d; 6e, 7a-c, 8c, e; 9 a-c, e; 10b-f, 11a, d, e; 12b, d, f; 13 b-d, 16b, c; 17a, 18b-c; 20c, 22a, 23b). Shady (*Ibid.*: 21) constata que ha estudiado 114 piezas en el Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia, excavadas o adquiridas por Uhle entre 1905 y 1906. Con ello trata de revisar la definición de Menzel y Patterson al ampliar la presencia del estilo entre antes de Horizonte Medio 1A hasta 2B, sin que sus criterios sean lo suficientemente explícitos. Como se ignoran los contextos, tampoco hay datos comparables a aquellos presentados para Ancón; referencias pertinentes de otros sitios también pecan por ser incompletas y no representativas.

En Zárate, Lima Metropolitana, se encuentra un sitio llamado Potrero Tenorio. Palacios y Guerrero (1992) han documentado un hallazgo importante. Se trata de una estructura con ocho individuos en posición extendido dorsal, con orientación N-S (inversión de la norma, *Cf.* arriba) que yacían sobre una capa de ceniza, producto de una quema probablemente ritual, sobre todo debajo de la nuca. Cada uno tenía un cuenco o plato boca abajo sobre el tórax (*Ibid.*: Fig. 26). Debajo de estas estructuras funerarias aparecen estratos con cerámica fina Nievería (*Ibid.*: Figs. 15-16). En la base de la capa 5 aparece una cista cuadrangular de 0,7 metros por lado, conformada por adobes pequeños (*Ibid.*: Figs. 4, 30). En su base se habían colocado siete vasijas escultóricas policromas, en su totalidad botellas con dos picos divergentes y puente (todas incompletas), tres de ellas con base pedestal y cuerpo en forma de pez (*Ibid.*: Figs. 8, 9, 11). Dos muestran la boca abierta, de las que sale algo que en la Fig. 8 no se conservó; la pieza de la Fig. 11 muestra un pequeño hombre echado sobre un objeto alargado y punteado (probablemente una balsa). Este mismo motivo aparece en el cuerpo de la botella con base pedestal de la Fig. 10. La quinta botella (*Ibid.*: Fig. 12) tiene como representación el cuerpo de un inmenso pez cargado por un hombre pequeño de características semejantes al anterior. La sexta es una botella con cuatro pies en forma de serpientes escultóricas que se juntan para formar la cara de un pez felinizado (*Ibid.*: Fig. 13). La última (*Ibid.*: Fig. 14) tiene cuerpo achataado, base plana y dos paneles ovalados en los que se aprecian dos hombres, así como un felino en forma de aplicaciones escultóricas. Este conjunto, estilística y temáticamente relacionado, estaba sellado por arcilla líquida.

Otro contexto parecido proviene de un sitio llamado Calancancha, en el pueblo actual de Huanza, Santa Eulalia. Las circunstancias del hallazgo se ignoran, aunque los lugareños aseguran

que se trata un lote encontrado durante trabajos de construcción. También consiste en un conjunto de siete piezas: dos botellas con dos picos divergentes y puente con cuerpo en forma de cabeza humana y base paralelepípeda con un ave en cuyo pico aparece una serpiente. Otra botella es de un solo pico con pintura negra sobre rojo. Tres platos y un canchero completan el conjunto (Figs. 7-14). Sondeos realizados por el autor en compañía de Cirilo Huapaya, del Seminario de Arqueología del Instituto Riva-Agüero, en el sitio indicado, arrojaron fragmentos Nievería en aterrazamientos, junto con abundantes huesos de camélidos (Kaulicke 1974-75: 32).

Un resumen de estos datos diversos, esporádicos e incompletos es algo difícil. En primer lugar, se nota que la argumentación es aún más restringida a problemas estilísticos que en el caso del estilo Lima. En primer lugar, prevalece una cierta aceptación de la definición estilística por Menzel pese a que surgen divergencias en cuanto a la ubicación cronológica. En el fondo, los arqueólogos nacionales mantienen la idea de un estilo Maranga, en el que se inserta Nievería. Si esto se «traduce» a la seriación de Patterson, Nievería podría formar parte de Lima 7 a 9 o se inicia en algún momento dentro de este continuo. Ya que al menos un componente de Nievería se asocia con el estilo Chakipampa B en la zona de Maranga (Cf. Mac Kay y Santa Cruz, este número; Fernández 1960: Lám. IX), la ubicación de al menos una parte de Nievería en el Horizonte Medio 1B parece estar correcta (si la ubicación cronológica de Chakipampa B se mantiene). Dado que existen sitios como Cajamarquilla, donde aparece Nievería sin este componente exógeno, este estilo podría remontarse a un Horizonte Medio 1A, o aún a fines del Periodo Intermedio Temprano, en vista de que está asociado con Lima Tardío (Lima 9, en la definición de Patterson, es parte Periodo Intermedio Temprano 8 y parte Horizonte Medio 1A). Pero su ausencia no implica de modo necesario que no exista, aunque, en general, se tiene la impresión que está formándose hacia la parte tardía de Lima Tardío. Evidentemente, se trata de lo que Menzel llama *fancy ware*, un alfar especial que, como se ha visto, está relacionado con individuos de status especial o aparece en contextos singulares, aún si se trata de sellos arquitectónicos, ya que éstos pueden tener connotación ritual también. Su presencia en contextos funerarios de otras sociedades, tanto serranas como costeñas, a veces muy lejanas, implica que se trata de cerámica de prestigio, al parecer relacionada con elites locales. Esta relación, a su vez, demanda una definición de la organización social dentro de un contexto de expansión urbana.

La notable pobreza que caracteriza muchos contextos funerarios lima difícilmente puede entenderse como representativo para la totalidad de la gama social. Ya que las elites contemporáneas de la costa norte (Mochica IV y V, Cf. Kaulicke 2000: cap. III) y las de la costa sur (Nazca) (Reindel e Isla 1999) se manifiestan en contextos funerarios complejos, es probable que contextos de semejante complejidad también existan en la costa central, al menos a partir de Lima Tardío (Cf. arriba, contextos de Lima Medio de Playa Grande).

Existe otro criterio cronológico que no se ha considerado de manera debida. En una serie de sitios se ha observado el efecto de precipitaciones fuertes que han diluido pisos y destruido partes arquitectónicas, lo que en algunos ha llevado al abandono. En la Huaca 20 del complejo Maranga, Nievería junto con Chakipampa se concentran al momento previo del sello, en el que también aparecen, y que señala el abandono del sitio (Cf. Mac Kay y Santa Cruz, este número). El fechado radiocarbónico obtenido provee una probable aproximación cronológica absoluta.

Por último, surge otro problema que es la desaparición del Lima Tardío y su reemplazo por otro estilo dentro de la gama de cerámica más burda. El énfasis en cerámica «especial» dentro de una reducida gama de funciones, tiende a descuidar algo que en el estilo Lima no era tan evidente. Al parecer, conduce a una visión parcial que se complica en contextos en los que ésta no aparece. Tal procedimiento tiende a sacar conclusiones quizá equivocadas, como se verá aún más «dramáticamente» con el estilo Pachacamac, por discutir a continuación.

El estilo Pachacamac

El estilo Pachacamac, definido por Menzel (1964), pertenece a la Epoca 2 y corresponde a lo que antes fuera llamado «Tiahuanaco costeño», así como «Huari», un término aún en uso. Estos objetos, tanto en cerámica, como tejidos, metal y concha, aparecen en elaborados contextos funerarios como bienes de prestigio. Aunque subsisten estilos regionales, las diferencias estilísticas disminuyen; centros de la Epoca 1 se abandonan y se establecen dos centros principales, uno en Huari y el otro en Pachacamac, en la costa central. Esta Epoca 2 se subdivide en dos subépocas, 2A y 2B. Desde una mayor uniformidad estilística en 2A se llega a cambios más significativos, sobre todo en el estilo Pachacamac. La definición de este estilo se basa en relativamente pocos contextos, por regla contextos funerarios, de Pachacamac, Nievería y Ancón, excavados por Uhle y González y Ccosi; Menzel reconoce su presencia también en Vista Alegre, Wariwillka en Huancayo, Supe e Ica, donde se desarrolla el estilo Ica-Pachacamac en la Epoca 2B. Para ella, la colección más importante, sin embargo, es la de Gretzer, actualmente en el Museo de Etnología de Berlín (Cf. introducción). Esta colección aún permanece sin una presentación completa. No sólo consiste de cerámica, sino incluye tejidos, objetos de metal, hueso, madera y concha. La denominación «Pachacamac», de manera evidente, se refiere al sitio, por lo cual también contiene objetos posteriores al Horizonte Medio, así como estilos probablemente contemporáneos con el de Pachacamac, pero provenientes de otras áreas, principalmente de la costa norte y norcentral (Cf. abajo). Ya que este material es poco conocido, se incluye una serie de ilustraciones de ceramios (Figs. 15-31), algunos de ellos ya publicados con anterioridad por Schmidt (1929).

La definición del estilo (Menzel 1964: 55-61) es mucho más compleja y densa que la de Nievería, debido a la importancia que le concede Menzel. La fusión, ya presente en Nievería, se vuelve aún más compleja. Se compone de elementos de los estilos Atarco (costa sur) y Viñaque (zona de Ayacucho), así como, en escala menor, aquellos de Nievería (Nievería Derivado), Conchopata (Conchopata Derivado) y Robles Moqo (Robles Moqo Derivado). Estas fusiones, sin embargo, parecen ser «selectivas», ya que, según Menzel, Pachacamac adopta elementos que otros estilos contemporáneos no incorporan, lo que le permite vincular su origen desde la zona de Ayacucho. Llama la atención, sin embargo, que el estilo Viñaque parece ser particularmente común en contextos funerarios de la costa norcentral (*Ibid.*: 39), donde se asocia con frecuencia con el estilo Pachacamac. Por otro lado, aparecen estilos que se originaron durante la Epoca 1, cuyo carácter «derivado» no está especificado, lo cual no excluye que se trate simplemente de los mismos estilos con algunos cambios internos, debido quizá a «fusiones» propias. Entre sus formas típicas cuentan cántaros simples (Pachacamac A, Cf. Kaulicke 1997a: Fig. 4.6 [Cf. desarrollo de motivo en Shimada 1991: Fig. 2 arriba, equivocadamente señalado como Horizonte Medio 2B], Fig. 15; Pachacamac B, Fig. 16), o con cuerpo modelado, botellas con un pico doble y cuerpo carenado (de *Vault type*) (Cf. Kaulicke 1997a: Fig. 4.5), con un solo pico con asa tubular, así como botellas con pico y puente con cuerpo modelado (Pachacamac A, Figs. 17, 18), a veces con cuerpo doble (Pachacamac A, Figs. 19, 20). Muy frecuentes también son cántaros en forma de cabezas humanas míticas o no míticas (Pachacamac A, Figs. 21-24). Estas también pueden tener doble pico con puente en forma de felinos o lechuzas (Figs. 25, 26, 27, 28), o un solo pico con asa lateral (Fig. 29). Existen asimismo «teteras» de un Nievería Derivado, así como botellas de cuerpo paralelepípedo con figuras escultóricas y doble pico con puente, al parecer también de derivación Nievería (Fig. 30). Otro caso es la presencia de una botella Teatino con diseño Pachacamac B (Fig. 31, ésta y la Fig. 30 no figuran en el trabajo de Menzel). Formas frecuentes son vasos altos («keros»), platos con paredes divergentes y cuencos. El motivo más característico es lo que Menzel llama «grifo», un ser con cuerpo de felino y cabeza de águila (Figs. 15, 16, 32).

En su trabajo de 1968, Menzel inserta Pachacamac en una tradición de ofrendas del Horizonte Medio, definida por ella (Menzel 1968: 84-85). Se trata de algunos fragmentos publicados por Uhle

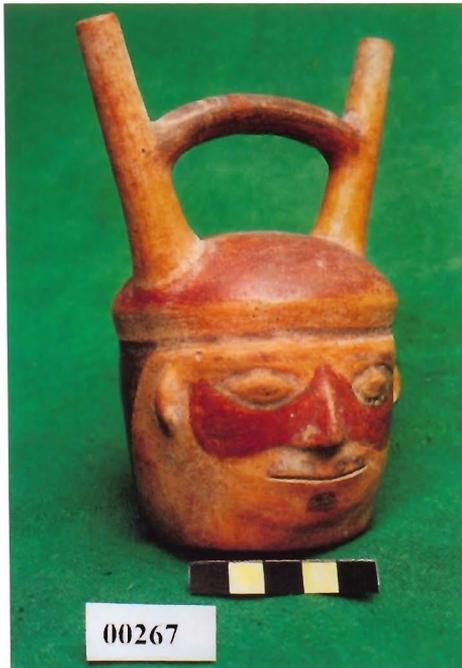


Fig. 7. Botella con cuerpo en forma de cabeza antropomorfa pintada. Altura: 16,5 centímetros, diámetro: 9 centímetros. Ofrenda Huanza, Huarochiri, 1971. Seminario de Arqueología, Instituto Riva-Agüero, PUCP, N.º inv.: 00267 (Cortesía: M. Cárdenas).

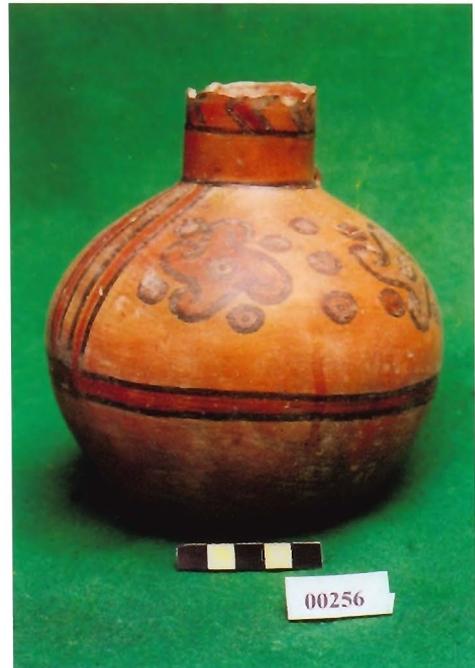


Fig. 8. Cántaro con cuerpo globular y cuello corto pintados. Altura: 18 centímetros, diámetro 15 centímetros. Ofrenda Huanza, Huarochiri, 1971. Seminario de Arqueología, Instituto Riva-Agüero, PUCP, N.º inv.: 00256 (Cortesía: M. Cárdenas).

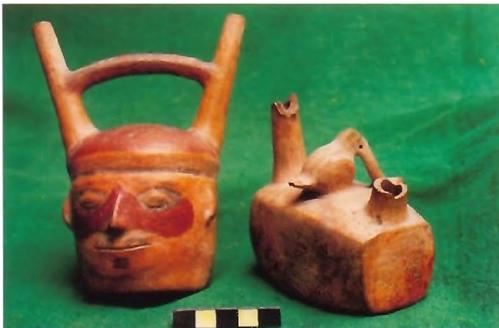


Fig. 9. Las piezas 00267 (Cf. Fig. 7) y 00268 (Cf. Fig. 10). Ofrenda Huanza, Huarochiri, 1971. Seminario de Arqueología, Instituto Riva-Agüero, PUCP (Cortesía: M. Cárdenas).



Fig. 10. Botella con cuerpo paralelepípedo, dos vertederas rotas y aplicación escultórica zoomorfa. Altura: 11 centímetros, cuerpo: 11 por 7 centímetros. Ofrenda Huanza, Huarochiri, 1971. Seminario de Arqueología, Instituto Riva-Agüero, PUCP, N.º inv.: 00268 (Cortesía: M. Cárdenas).



Fig. 11. Cuenco biconvexo con mango y vertedera, pintado con protuberancias. Altura: 11 centímetros, diámetro: 27 centímetros. Ofrenda Huanza, Huarochiri, 1971. Seminario de Arqueología, Instituto Riva-Agüero, PUCP, N.º inv.: 00266 (Cortesía: M. Cárdenas).



Fig. 12. Plato con decoración pintada en su interior. Altura: 6 centímetros, diámetro: 16 centímetros. Ofrenda Huanza, Huarochiri, 1971. Seminario de Arqueología, Instituto Riva-Agüero, PUCP, N.º inv.: 00255 (Cortesía: M. Cárdenas).



Fig. 13. Tres platos (00255, 00254 y 00258) y una botella (00261). Alturas de los platos: 6; 7,7 y 7,7 centímetros; diámetros 16, 18 y 18 centímetros, respectivamente. Ofrenda Huanza, Huarochiri, 1971. Seminario de Arqueología, Instituto Riva-Agüero, PUCP; (Cortesía: M. Cárdenas).

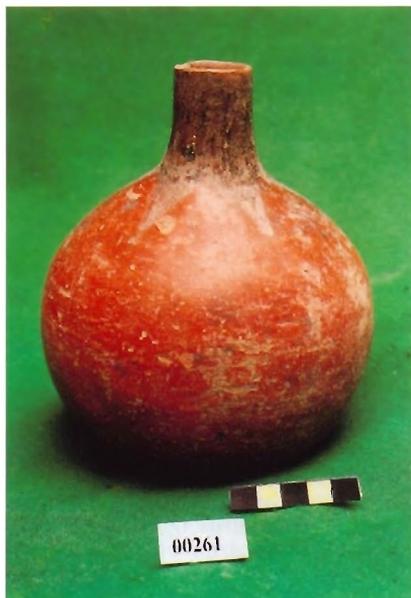


Fig. 14. Botella con pintura en cuello y hombro. Altura: 18,5 centímetros, diámetro: 14,5 centímetros. Ofrenda Huanza, Huarochiri, 1971. Seminario de Arqueología, Instituto Riva-Agüero PUCP, N.º inv.: 00261 (Cortesía: M. Cárdenas).



Fig. 15. Botella policroma con el motivo «grifo de Pachacamac». Pachacamac A, Horizonte Medio 2A. Altura: 28 centímetros. Colección Baessler, Museo de Etnología, Berlín, N.º inv.: VA 19059 (Cf. Schmidt 1929: Fig. 282-2) (Cortesía: M. Fischer).



Fig. 16. Botella policroma con el motivo «grifo de Pachacamac». Pachacamac B, Horizonte Medio 2B. Colección Gretzer, Museo de Etnología, Berlín, N.º inv.: VA 49413 (Cortesía: M. Fischer).



Fig. 17. Botella zoomorfa con cuerpo escultórico policromo de felino parado. Pachacamac A, Horizonte Medio 2A. Altura: 21 centímetros. Colección Gretzer, Museo de Etnología, Berlín, N.º inv.: VA 49743 (Cf. Schmidt 1929, Fig. 272-2) (Cortesía: M. Fischer).



Fig. 18. Botella con cuerpo escultórico policromo de felino sentado. Pachacamac A, Horizonte Medio 2A. Altura: 14,5 centímetros. Colección Gretzer, Museo de Etnología, Berlín, N.º inv.: VA 49744 (Cf. Schmidt 1929: Fig. 272-1) (Cortesía: M. Fischer).



Fig. 20. Botella con cuerpo doble, uno escultórico policromo en forma de felino parado. Pachacamac A, Horizonte Medio 2A. Colección Gretzer, Museo de Etnología, Berlín, N.º inv.: VA 49712 (Cortesía: M. Fischer).



Fig. 19. Botella con cuerpo doble, uno escultórico policromo en forma de felino parado. Pachacamac A, Horizonte Medio 2A. Colección Gretzer, Museo de Etnología, Berlín, N.º inv.: VA 49708 (Cortesía: M. Fischer).



Fig. 21. Cántaro policromo en forma de cabeza felínica. Pachacamac A, Horizonte Medio 2A. Altura: 14,5 centímetros. Colección Gretzer, Museo de Etnología, Berlín, N.º inv.: VA 49520 (Cf. Schmidt 1929: Fig. 276-3) (Cortesía: M. Fischer).

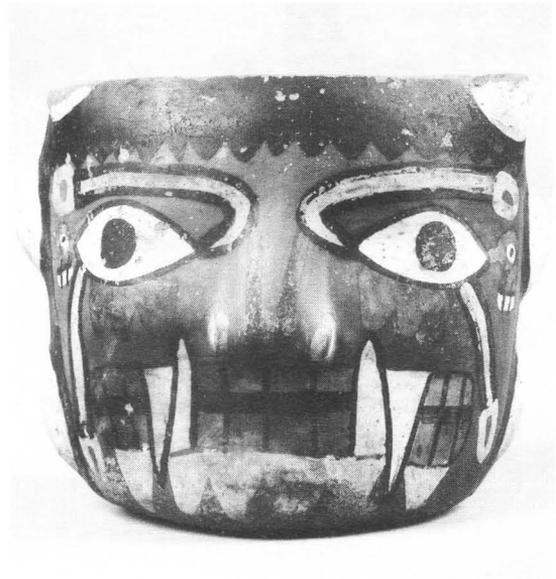


Fig. 22. Tazón policromo en forma de cabeza felínica. Pachacamac A, Horizonte Medio 2 A. Altura: 10 centímetros. Colección Gretzer, Museo de Etnología, Berlín, N.º inv.: VA 49522 (Cf. Schmidt 1929: Fig. 277-1); (Cortesía: M. Fischer).



Fig. 23. Cántaro policromo en forma de cabeza humana. Pachacamac A, Horizonte Medio 2A. Altura: 13 centímetros. Colección Gretzer, Museo de Etnología, Berlín, N.º inv. VA 49515 (Cf. Schmidt 1929: Fig. 277-2) (Cortesía: M. Fischer).



Fig. 24. Cántaro policromo en forma de cabeza humana. Pachacamac A, Horizonte Medio 2A. Altura 11,5 centímetros. Colección Gretzer, Museo de Etnología, Berlín, N.º inv.: VA 49516 (Cortesía: M. Fischer).



Fig. 25. Botella con cuerpo globular en forma de cabeza de felino. Altura: 13,8 centímetros, ancho: 15 centímetros. Colección Gretzer, Museo de Etnología, Berlín, N.º inv.: VA 19064 (Foto: P. Knobloch).



Fig. 26. Botella con cuerpo globular en forma de cabeza de felino. Altura: 18,8 centímetros, ancho: 15,2 centímetros. Colección Gretzer, Museo de Etnología, Berlín, N.º inv.: VA 19101 (Foto: P. Knobloch).



Fig. 27. Botella con cuerpo globular en forma de una cabeza de lechuza. Altura: 14,5 centímetros, ancho: 15 centímetros. Colección Gretzer, Museo de Etnología, Berlín, N.º inv.: VA 49504 (Foto: P. Knobloch).

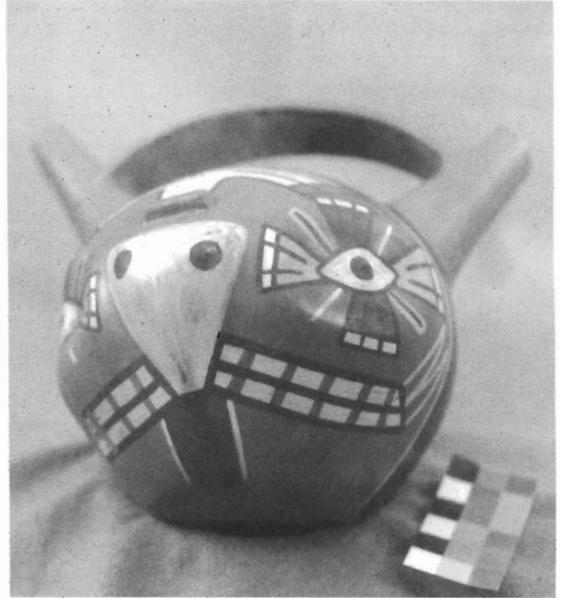


Fig. 28. Botella con cuerpo esférico y base plana en forma de cabeza de ave. Altura: 12,9 centímetros, ancho: 18,8 centímetros. Colección Gretzer, Museo de Etnología, Berlín VA, N.º inv.: 49505 (Foto: P. Knobloch).



Fig. 29. Botella con cuerpo esférico y base plana en forma de cabeza de ave. Colección Gretzer, Museo de Etnología, Berlín, N.º inv.: VA 49506 (Foto: P. Knobloch).



Fig. 30. Botella con cuerpo paralelepípedo con dos figuras escultóricas en forma de hombres sentados. Pachacamac A, Horizonte Medio 2A. Colección Gretzer, Museo de Etnología, Berlín, N.º inv.: VA 49681 (Cortesía: M. Fischer).

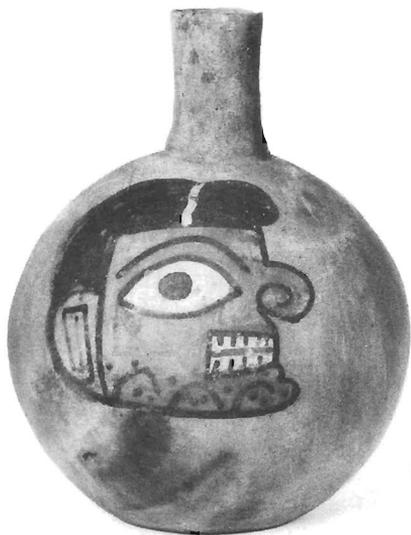


Fig. 31. Botella de estilo Teatino con motivo pintado en forma de cabeza humana en perfil. Horizonte Medio 2B. Colección Gretzer, Museo de Etnología, Berlín, N.º inv.: VA 49411 (Cf. Schmidt 1929: Fig. 279-3) (Cortesía: M. Fischer).



Fig. 32. Botella con motivo pintado de «Grifo de Pachacamac». Pachacamac B, Horizonte Medio 2B. Colección Gretzer, Museo de Etnología, Berlín, N.º inv.: VA 13693 (Cortesía: M. Fischer).

(1903: Figs. 10-13; Cf. Franco 1993: Fig. 1; Franco y Paredes, este número). Ella toma las ofrendas de cerámica como evidencias de actividades políticas seculares dentro de un culto religioso que constituye el foco del sistema político en general. Este culto se sobrepone sobre las diferencias entre estilos locales y regionales de sierra y costa, que no deben entenderse como culturas o «naciones» independientes, lo que le permite denominar este sistema general como imperio (Menzel 1968: 92-94). Una excepción es Pachacamac, con su figura mítica del grifo. Este motivo ya aparece en la Epoca 2A, en otra ofrenda menor en el sitio de Sausal, valle de Chicama, donde está asociado con diferentes estilos (*Ibid.*: 85-88; Donnan 1968).

En 1977, Menzel agrega y discute otro material de básicamente tres sitios, excavados por Uhle. En la Huaca del Sol, Uhle ubicó cerámica que parece corresponder a una serie de ofrendas que se inician con Moche IV y terminan en el Horizonte Medio 3. Uno de estos depósitos contiene una vasija Chakipampa B junto a otra de estilo Moche. Evidencias de una presencia del estilo Pachacamac no parecen ser muy marcadas (Menzel 1977: 39-40). En Chimú Cápac, en el valle de Supe, interpretada por ella como punto de avanzada del imperio Huari, Uhle excavó una serie de contextos funerarios intrusivos (Cf. abajo). Por la cerámica asociada, pertenecen en su mayoría al Horizonte Medio 2B, aunque ahí también es escasa la presencia del estilo Pachacamac (*Ibid.*: 31-33). Finalmente, discute el material de Ancón que también consiste de contextos funerarios (Cf. abajo) y reconoce la presencia del estilo Pachacamac correspondiente al Horizonte Medio 2B. Según Menzel, estas evidencias señalan el establecimiento de una ciudad de los imperios centralizados huari e inca, bajo el control directo de Pachacamac (*Ibid.*: 48).

a) Distribución

Por los trabajos de Menzel se obtiene la impresión de que el estilo Pachacamac llega a su límite en Ancón hacia el norte, con presencia más esporádica en Supe, Moche y Chicama, y Huancayo

en la sierra central. La presencia de material atribuible al estilo Pachacamac es escasa en extremo en los asentamientos del valle del Rímac. Jijón y Caamaño (1949: Lám. LI) ilustra tiestos de sus excavaciones en Maranga, algunos de los cuales parecen pertenecer al estilo Pachacamac. Fernández (1960: Lám. X, 3) ofrece el dibujo esquemático de una botella con doble pico y puente que puede proceder de Maranga también. En excavaciones recientes en la Huaca San Marcos, en el sello de un pasadizo de la Plataforma 3, se encontró fragmentería Pachacamac y Nievería (Narváez 1999: 9; Shady y Narváez 1999: 7; 2000: 28). Esta asociación de ambos estilos, sin embargo, no indica de manera necesaria una contemporaneidad. Tampoco implica una presencia generalizada del estilo Pachacamac en el Complejo Maranga, ya que no aparece en la Huaca 20 (Mac Kay y Santa Cruz, este número). Su presencia en el cementerio de Nievería tampoco parece ser muy significativa, a diferencia de Nievería y Lima Tardío, lo que parece corresponder a los contextos sobre la plataforma del complejo Tello de Cajamarquilla (Mogrovejo y Segura, este número). Según Guerrero (1999: 94), «los principales sitios lima del Rímac fueron abandonados y usados como cementerios ... la mayor cantidad de material arqueológico que pertenece a esta época proviene de contextos funerarios y/ofrendas, no habiéndose identificado áreas de vivienda u otro tipo de ocupación».

En el sitio de Socos, en el valle del Chillón (*Cf.* abajo), se encuentra cerámica de diferentes estilos, entre ellos Pachacamac, en asociación a arquitectura monumental que incluye el cementerio de Macas (Isla y Guerrero 1987). Más al norte, fuera de la «Necrópolis» de Ancón y Chimu Cápac, ya mencionados, hay que nombrar el Castillo de Huarmey. En contextos funerarios disturbados, Prümers (1990, I: 54-58, Figs. 36-42) encontró y publicó fragmentos de diferentes estilos, entre ellos los del estilo Pachacamac. Muy interesantes son varios fragmentos de textiles decorados con el tema del grifo de Pachacamac (*Ibid.*: 154-157, Figs. 55-56; II: Figs. 67-72; *Cf.* Prümers, este número). Wilson (1988: Fig. 256d) muestra un solo tiesto de su abundante colección de superficie de sitios del Horizonte Medio en el valle del Santa. Mucho más al norte aún, en el sitio de San José de Moro, otra vez en contextos funerarios, se encontró una cantidad notable de piezas del Horizonte Medio 2B, tanto piezas importadas como imitaciones. En el valle de Cajamarca existe evidencia de arquitectura huari en El Palacio y Yamobamba (Julien 1988).¹² Otro valle de la sierra con presencia huari es el valle del Mantaro, en particular entre Huancayo y Jauja, particularmente en las zonas bajas.¹³

Este resumen apretado deja entrever un patrón curioso. La distribución de la cerámica, asociada, por lo general, a contextos funerarios y ofrendas, sugiere una reducción drástica de sitios en lo que antes fuera el área central, el valle del Rímac, durante las épocas 2A y B. Fuera del estilo Ica-Pachacamac, con características estilísticas particulares, su presencia se dirige más hacia la costa norte, donde aparece en una especie de «islas» desconectadas. Ahí, como en los demás sitios, este estilo tampoco es excluyente, sino siempre asociado con otros estilos, sea de origen huari, local o regional. Estos últimos parecen tener una distribución a la inversa, es decir los estilos moldeados de la costa norcentral se distribuyen hacia el sur, llegando a la costa central, como al norte, hasta San José de Moro y a la sierra norte (*Cf.* Paredes et al., este número). Aún en la costa central, el estilo Pachacamac no aparece en contextos aislados, sino asociados a otros estilos también (*Cf.* abajo). En general, los límites de esta distribución no son marcadamente diferentes de la del estilo Nievería; su escasa presencia en la sierra de Lima podría deberse a la ausencia de investigaciones arqueológicas intensivas en la zona.

b) La arquitectura

En la costa central, la única «isla» del estilo Pachacamac es el sitio del mismo nombre, ubicado cerca de la desembocadura del río Lurín. Se trata, en particular, del Templo de Pachacamac de Uhle, el que posteriormente se llama Templo Pintado, que está precedido por el Templo de Pachacamac de Tello, llamado también Templo Viejo de Pachacamac o Templo Lima (*Cf.* Shimada 1991: XXXVIII).

El Templo excavado por Uhle mide 155 metros de largo por 55 metros de ancho, con 9 metros de altura. Tiene asimismo nueve niveles (Cf. P. Paredes 1985: 7; Shimada 1991: Fig. 3; para reconstrucciones isométricas, Cf. Paredes 1991: Fig. 283; Franco y Paredes, este número). En excavaciones llevadas a cabo en 1938, se descubrieron otras pinturas murales de las que fueron documentadas por Uhle (Muelle y Wells 1939), con evidencias de hasta 16 capas de pintura. Un hallazgo espectacular en el desmonte fue un palo de madera, de 2,35 metros de largo con un diámetro de 27 centímetros, tallado con motivos que señalan un fuerte ingrediente de rasgos estilísticos de la costa norcentral y que son comparables a motivos en la cerámica moldeada (Carrión Cachot 1959: Figs. 29, 30 entre otros; para desarrollo de los motivos de la pieza, Cf. Shimada 1991: Fig. 4). Estos paralelos apuntarían hacia una datación en el Horizonte Medio 2B (Cf. *Ibid.*: XXXIV). Un pedestal circular de barro, pintado de color celeste, excavado en 1983 (P. Paredes 1985; Paredes y Franco 1985), aún contenía restos de madera de lúcumo con un diámetro de 27 centímetros, fechado en 1180 ± 70 a.p. ó 770 ± 70 d.C., lo cual apoyaría esta atribución cronológica. Pese a ello, podría tratarse de un objeto de culto aún en uso a la llegada de los españoles, al igual que una puerta de madera, algodón, *Spondylus* y representaciones figurativas. Como ya lo reconoció Uhle, existe otra estructura por debajo del Templo Pintado, llamada Templo Escalonado de Adobitos por Paredes (1990: 372). Los contextos funerarios encontrados por Uhle en el frente interno del primero, con evidencias estilísticas del Horizonte Medio 2A y B, implican que esta estructura también debe tener posición cronológica correspondiente, quizá aún con antecedentes constructivos no reconocidos por falta de excavaciones más intensivas. Se ha establecido un total de tres fases, una con pintura roja y pisos policromados, una siguiente con nuevas terrazas y pintura polícroma ocre amarillo sobre rojo y blanco sobre amarillo, y la última y tercera conocida por Uhle. Pudo haber funcionado ya desde el Periodo Intermedio Temprano, dada la existencia de una escalinata larga de piedra con alfardas que comunica este Templo con el Templo Viejo.

El Templo Viejo fue excavado por Franco y Paredes entre 1986 y 1989 (Franco 1993; Franco y Paredes e.p.; Franco y Paredes, este número). Se ubica al noroeste del Templo Pintado entre dos promontorios rocosos, el Cerro de los Gallinazos y aquél que sirve de base al Templo del Sol. En su forma actual, muy deteriorada, cubre un área de 16.500 m². Las construcciones miden aproximadamente 145 por 110 metros, con una altura de 25 metros. Se han identificado cuatro fases del Periodo Intermedio Temprano: el Templo de Piedra, el Templo de Adobitos sin Pintura, Templo de Adobitos con Pintura Amarilla y el Templo de Adobitos con Pintura Negra sobre Blanco. En esta última funcionan 15 recintos con evidencias de remodelaciones. Las terrazas de la fachada frontal llevaron pinturas en negro sobre blanco; el acceso con escalinata de piedra comunica con la parte baja de la terraza. Las construcciones tempranas se asocian a un Lima Medio, mientras que las posteriores corresponden a Lima Tardío. El abandono está relacionado con gruesos sedimentos productos de precipitaciones fuertes. Luego se han definido dos fases correspondientes al Horizonte Medio, llamadas Templo Viejo Policromado y Templo Pintado de Color Verde-Celeste. No solo difiere el uso de pinturas de color rojo y negro sobre blanco con motivos figurativos desde el ingreso principal con columnas y otro violáceo claro en el recinto principal en el cual hay indicios de espacios para la colocación de ofrendas. Franco subraya también el uso de adobes de forma cuadrangular, que parecen corresponder a modalidades norteñas. Cerámica prácticamente idéntica a la de Uhle (1903: Figs. 10-13; Cf. Franco 1993: Fig. 1; Franco y Paredes, este número) y otra vinculada a los estilos Viñaque, Atarco, Conchopata y Robles Moqo corresponden, al parecer, a esta fase, pero fueron encontradas en el Recinto de los Cántaros de la fase siguiente. Cerca del final de esta fase se construye otro edificio sobre la base de estructuras del Periodo Intermedio Temprano hacia el oeste del Templo Viejo. Una última remodelación está relacionada con otro tipo de adobe rectangular de mayor espesor y se pinta las fachadas con pigmentos verde-celeste, como en el Templo Pintado. Franco y Paredes piensan que esta fase corresponde al Horizonte Medio 3, dado el estilo de la cerámica asociada (Cf. abajo) y la arquitectura menos cuidada. Su abandono nuevamente se debe a evidencias de precipitaciones.

El Templo Viejo tiene varias ofrendas, siendo la más importante la que se encontró en el Recinto de los Cántaros. Se trata de más de 100 piezas de cerámica (para ilustraciones, *Cf.* Franco 1993: Figs. 2-5, *Cf.* Franco y Paredes, este número). En particular, llama la atención una cantidad importante de botellas con doble pico y puente y cuerpo de pez u otros animales marinos. Estas piezas son muy similares a 21 piezas de la colección Gretzer en Berlín (*Cf.* Schmidt 1929: 273.1-4), que el autor pudo estudiar al año pasado. Algunas de ellas pertenecen claramente a Pachacamac B (Epoca 2),¹⁴ otras no publicadas, como VA 49501 y VA 49500, tienen dos picos y puente transversal con decoración pintada sobre el puente, que les acerca al estilo Nievería. Con la diferencia de un tratamiento más descuidado de las piezas excavadas en el Templo Viejo, éstas se acercan mucho a las piezas ilustradas por Schmidt (*Cf. Ibid.*: 273.2 con Franco 1993: Fig. 3, cuya vertedera sería más típica de Pachacamac A). Con ello surge la pregunta de que si el tratamiento más burdo es suficiente para definir un estilo «epigonal», en el sentido de una diacronía (Horizonte Medio 1 y 2 vs. Horizonte Medio 3) o se trata de piezas de menor calidad elaborada por ceramistas menos especializados dentro de un contexto básicamente contemporáneo en el cual se juntan piezas de elite y de otros estratos sociales, quizá aún con piezas de un Nievería Derivado.

Finalmente está por mencionar otro sitio en el valle del Chillón, en la parte media, cerca del pueblo de Macas, llamado Socos, localizado por la quebrada del mismo nombre (Isla y Guerrero 1987). Se han reconocido tres sectores, de los que recibe más atención el Sector A, que corresponde a un edificio ortogonal de 180 por 86 metros, con organización interna compleja. El material de construcción de los muros son piedras de diferentes tamaños; los perimétricos son de dos caras y el relleno se compone de cascajo y argamasa de unos 1,2 metros de ancho, mientras que los interiores solo miden unos 40 a 60 centímetros. Las subdivisiones internas consisten en pasadizos y cuartos rectangulares subdivididos en dos mitades por un muro transversal (*Ibid.*: Figs. 2-4). En el Sector B, al sur de A, existen otros recintos rectangulares o ligeramente trapezoidales, hechos por muros de piedra de campo con argamasa y evidencias de enlucido. En el Sector C, finalmente, aparece una gran cantidad de recintos rectangulares hasta circulares con pasadizos y accesos. Ahí aparece mucha cerámica llana del Horizonte Medio 2 y, probablemente 3, en la superficie, así como huesos de camélidos calcinados y material lítico de uso doméstico. El Sector D muestra una arquitectura semejante a la del Sector A. La cerámica en este último corresponde mayormente a estilos del Horizonte Medio 2, con evidencias del estilo Viñaque; en el Sector C el material recogido parece corresponder al Horizonte Medio 2 y quizá también a 3.

c) Contextos funerarios

La primera evidencia de contextos funerarios del estilo Pachacamac proviene de Uhle (*Cf.* Introducción), quien se refiere por lo general a que las estructuras de los contextos más tempranos consisten de cámaras cónicas y cilíndricas, raras veces cuadrangulares, con techo de piedra o de caña, esteras o material semejante. Los individuos, normalmente, se encuentran dentro de fardos con cabeza postiza, la cara tallada en madera o pintada sobre una especie de almohadas y, de manera ocasional, de barro quemado. Estos fardos estaban orientados hacia el Este o hacia el templo (Uhle 1903: 22; *Cf.* Figs. 1-6). Sólo presenta las asociaciones de un contexto, el que contenía una tela pintada, un cántaro del estilo Pachacamac (*Cf.* Fig. 22), dos vasos, un cántaro en forma de cabeza de felino y otro cántaro con cuerpo zoomorfo; según Menzel (1964: 54), cuatro piezas pertenecen a Pachacamac B, otros dos a Viñaque y uno a un Moche derivado. Esta tela, cuya representación es del dios Pachacamac, según Tello (1923: 602-603) muestra claras afinidades con estilos más norteños. Van Stan (1966) analizó unos 160 tejidos de contextos excavados por Uhle, muchos de ellos partes de envolturas de fardos funerarios. Muchas de estas piezas, en particular tapices, pertenecen a lo que Prümers (1990, este número) llama el estilo Moche-Huari.¹⁵ Si se acepta la correspondiente procedencia indicada para las piezas de la colección Gretzer, se agrega otro número importante de tejidos en varios grupos (Eisleb y Strelow 1980; Figs. 319, 323-324, 326-331, 333-338, 349, 351-352, 354, 360-368, 376, 379, 380, 383-387, 389), algunos de los cuales son del estilo Huari «clásico», otros del estilo

Moche-Huari u otros estilos norteños, entre los que también aparecen tejidos del estilo Lambayeque o Sicán (Figs. 33-38). En particular, las piezas Moche-Huari aparecen también en Socos (Isla y Guerrero 1987: Figs. 12-13) y en un área funeraria saqueada de Garagay (Ravines et al. 1984; Engelstad 1986), un complejo formativo en el valle del Rímac.

En la colección Gretzer también existen piezas en otro material, como oro (Eisleb y Strelow 1980: Figs. 301, 305) o elaborados contenedores de madera con incrustaciones (Knobloch 1991: Fig. 2A, B). Particularmente impresionantes son piezas de concha marina con incrustaciones (Cf. Schmidt 1929: Lám. a color 7, Cf. Gretzer 1914: Lám. 6, derecha; Lapiner 1976: 255, Fig. 592; Lehmann y Doering 1924: Lám. a color 9 abajo; Lavalle y Lang 1977: 101 y ss.).

Contextos mejor documentados provienen de la llamada «Necrópolis» de Ancón, nuevamente de excavaciones de Uhle (Uhle 1913b; Menzel 1977; Kaulicke 1983, 1997a) y González y Ccosi (Ravines 1983). Ya Reiss y Stübel (1880-1887: Lám. 10) ilustran una estructura con pozo profundo y cámara lateral en la base. Uhle (1913b: 34) encontró «varias docenas» de ellos sobre la Meseta P, al suroeste, y Huapaya (1948) excavó unos 100 contextos en el extremo noroeste, todos ellos cerca de la muralla de circunvalación. En el Montículo K, al suroeste de la «Necrópolis», González y Ccosi hallaron otros, seis de los cuales fueron presentados por Ravines (1983: 90-109). Pese a que fueron atribuidos a las épocas 2B y 3 sobre la base de las piezas cerámicas, constituyen formalmente una unidad con tan pocas variantes que podrían considerarse también como unidad cronológica (Cf. abajo). Se trata de estructuras en pozo con bocas casi rectangulares o trapezoidales, de longitudes entre 1,2 y 1,36 metros y con orientación N-S. El pozo es vertical y se ensancha en su tercio superior hacia el sur; sus profundidades varían entre 1,24 y 2,1 metros. En el tercio inferior termina en escalón horizontal y a partir de éste continúa, en forma ligeramente oblicua o vertical, como otra cavidad más angosta y diferentes alturas y dimensiones. Además de esta cámara hay nichos rectangulares o tubulares a la altura de la boca, en algunos casos considerados más tempranos por Menzel. Normalmente no tienen cobertura. Los contextos de Huapaya, en cambio, tienen techumbres consistentes de troncos de madera, los que caracterizan más a los contextos del Horizonte Medio 4. Los contextos 505 y 506 de Marino y Ccosi tenían marcadores de palos de madera en sus bocas. Estas estructuras son algo más profundas, con 2,4 y 2,5 metros; otra (741) tiene un pozo aún más corto y una cámara lateral casi a modo de otro pozo, con una profundidad total de unos 3 metros (*Ibid.*: 90, 91, 96, 97, 105, 108, 109).¹⁶

Los nichos laterales cerca de la boca o no contenían nada o presentaban algunos ceramios o fardos de niños. El individuo principal estaba dentro de un fardo de gran tamaño, el que, en el caso de Uhle, probablemente tenía cabeza postiza. Aquellos descritos por Marino y Ccosi, efectivamente, se caracterizan por tal dispositivo, que consistía en un relleno de hojas, envueltas en un tejido fino de algodón con pedazos recortados de concha indicando los ojos; algunas tenían peluca de fibras vegetales (*Ibid.*: 90, 96, 100). Los fardos más importantes llevan también una especie de «corona» de mimbre, con plumas de aves o de plata. Además de ello, tienen también orejeras, a veces en plata. Los ojos de la cara también pueden ser de hojalata de oro. Este fardo, que consiste de varias envolturas de telas, está apoyado en la pared sur de la cámara y mira hacia el Norte. Las mejores descripciones y documentaciones gráficas de estos fardos se deben a Reiss y Stübel (1880-1887: Lám. 15; Cf. Kaulicke 1997a: Fig. 19). Uno de ellos tiene 1 metro de alto y 80 centímetros de ancho, la cabeza postiza mide 35 por 27 centímetros y estaba tapada por una tela decorada (para otros casos, Cf. Kaulicke 1997a: Fig. 16, 17, 20.2. Los fardos ilustrados en la Fig. 20 de este trabajo probablemente también pertenecen a la Epoca 3 en vez de 4. Para fotos de cabezas postizas, Cf. *Ibid.*: Fig. 33). Este fardo, tanto como otros, está vestido (estilo Moche-Huari; para fotos y discusión de esta pieza, Cf. Strelow 1996: 41-42, 113). Puede haber varios individuos en fardos dentro de la misma estructura y existen evidencias de entierros posteriores o individuos, básicamente a modo de «objetos asociados». La posición es flexionada sentada, con las manos en las sienas. En su boca lleva algodón o un fragmento de concha.

Entre los objetos asociados aparece cerámica, entre cuatro y 15 piezas de estilos diferentes (Pachacamac, Teatino y estilos de la costa norcentral) asociados, con frecuencia, en el mismo contexto. Parece prevalecer, sin embargo, cerámica del estilo Teatino. Además de vasijas de cerámica hay cuentas de piedra, cobre o de concha, valvas de *Spondylus*, objetos de plata, oro o cobre, orejeras, vasijas de plata, objetos de madera, así como porras, estólicas y pedazos de óxido de hierro o sulfato de cobre. Las piezas metálicas consisten en piruros o cuentas tubulares de oro, agujas de plata, hachas, porras, vástagos de estólica y anzuelos de cobre. Hay tubos de caña con polvo en sus interiores, recipientes de calabaza, mallas y bolsas, con frecuencia restos de alimentos y tabletas funerarias decoradas con motivos pintados o tejidos (Kaulicke 1997a: 57, Figs. 19, 76, 11. 12. 24-31, 77). También son comunes costureros de varas de caña (*Ibid.*: Fig. 72.18).

En resumen, se presenta una situación difícil de evaluar. El estilo Pachacamac, tan importante en las interpretaciones de Menzel, aparece solo esporádicamente en contextos de asentamientos y contextos funerarios. El sitio de Pachacamac parece ser un bastión algo solitario que deja su sombra sobre un área vasta en el que prevalece una especie de vacío, donde las evidencias se reducen a poco vistosas reutilizaciones de arquitectura monumental más temprana con una ausencia total de aldeas. El estilo Pachacamac, además, está frecuentemente asociado a otros como Viñaque, Nievería, Teatino y otros estilos de vasijas moldeadas que prevalecen en la costa norcentral. Estos últimos son contemporáneos con Pachacamac B, tanto en Pachacamac como en Ancón, Chimú Cápac y El Castillo de Huarmey. Dados los datos de los contextos funerarios mejor conocidos de Ancón, el estilo Pachacamac aparece en estructuras típicamente Teatino (*Cf.* Villacorta y Tosso 2000), mientras que aquéllas de Pachacamac parecen ser diferentes, al igual que las de El Castillo, que corresponden a plataformas funerarias (Prümers 1990: 8-17, Figs. 2-5). Ya que los datos estratigráficos, contextuales y, por tanto, cronológicos de estos estilos «acompañantes» son incompletos e imprecisos, no ayudan a fijar la ubicación cronológica del estilo Pachacamac. Knobloch (1991) sugiere que éste se inicia ya en la Epoca 1B; las evidencias de Ancón no excluyen la posibilidad que subsista hasta la Epoca 3 o que forme una unidad cronológica con ésta, mientras que las evidencias arqueológicas para la Epoca 2A son escasas. Schreißer (este número) piensa que el estilo Atarco, especialmente importante para la costa sur, se definió quizá a partir de un solo contexto; por lo demás, prácticamente no figura en prospecciones en la zona. Shady (1982: 21), en cambio, señala que el estilo Viñaque, también contemporáneo con Pachacamac, es más frecuente entre Lurín y Pativilca que en el área ayacuchana «en cuya amplia distribución, el centro de Pachacamac debió cumplir un rol relevante». ¿Sería Pachacamac un estilo más ligado a un centro con características religiosas, quizá a modo de un oráculo, y Viñaque más a estructuras políticas que implican una invasión huari asociada a asentamientos como el de Socos y «outposts» como Chimú Cápac, en la interpretación de Menzel? ¿Serían, por lo tanto, evidencias de grupos o sociedades rivalizados?

B. Discusión

Si se toman las evidencias discutidas al pie de la letra, debería resumirse una historia de la costa central poco antes y durante el Horizonte Medio de la siguiente manera. Desde inicios poco conocidos, se da un desarrollo explosivo hacia un urbanismo concentrado en el valle del Rímac, entendido frecuentemente como presencia de un estado que cubre gran parte de la costa central, el que desaparece, también de manera abrupta, entre fines del Periodo Intermedio Temprano y el Horizonte Medio 1A debido a precipitaciones desastrosas en toda el área. Luego, estas urbes caen en desuso y reciben sólo ocupaciones efímeras que reutilizan la arquitectura monumental existente y/o la convierten en áreas funerarias. Las aldeas desaparecen y el complejo de Pachacamac, en la desembocadura del valle de Lurín, es el único que florece, pero también decae, igualmente víctima de lluvias torrenciales. Probablemente, después de un *hiatus* poco definido, se inicia una reocupación más masiva de estos centros antiguos, otra vez en forma de áreas funerarias intrusivas y más intensivas, pero también a manera de nuevas estructuras, entre las que reaparece la arquitectura

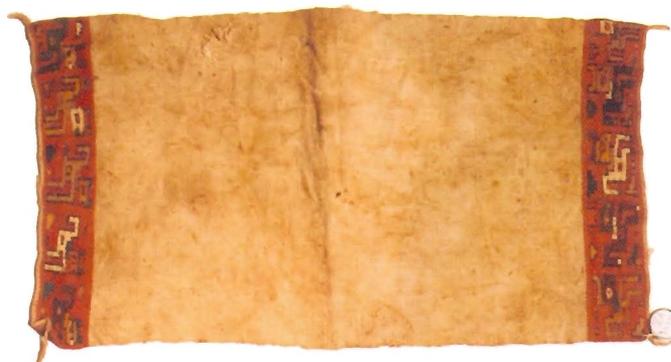


Fig. 33. Tela rectangular con franjas laterales bordadas. Pachacamac. Colección Gretzer, Museo de Etnología, Berlín, N.º inv.: VA 55774 A (Foto: H. Prümers).



Fig. 34. Bolsa con dos franjas bordadas. Pachacamac. Colección Gretzer, Museo de Etnología, Berlín, N.º inv.: VA 55774 B (Foto: H. Prümers).



Fig. 35. Tapiz. Pachacamac. Colección Gretzer, Museo de Etnología, Berlín, N.º inv.: 55787 A (Foto: H. Prümers).



Fig. 36. Tapiz. Pachacamac. Colección Gretzer, Museo de Etnología, Berlín, N.º inv.: VA 56437 (Foto: H. Prümers).



Fig. 37. Tapiz. Pachacamac. Colección Gretzer, Museo de Etnología, Berlín, N.º inv.: VA 13532 (Foto: H. Prümers).



Fig. 38. Tapiz. Pachacamac. Colección Gretzer, Museo de Etnología, Berlín, N.º inv.: VA 62277 (Foto: H. Prümers).

monumental en formas nuevas. Lo que Menzel interpretó como una presencia de un nuevo orden social, hasta algo independiente del centro ayacuchano, con un centro propio y poderoso en Pachacamac, se reduce de esta manera en una especie de desierto con presencia esporádica de áreas funerarias y ofrendas dispersas sobre un área enorme que alcanza la costa y la sierra norte. Semejante visión, sin embargo, carece de un sentido histórico, ya que convierte interpretaciones poco sustentadas en hechos generalizados y la ausencia o deficiencia de datos en ausencia real.

a) El urbanismo lima

Antes de tratar este tema, conviene tocar de forma breve la presencia de ocupaciones anteriores, en particular en aquellas zonas donde éste se desarrolló posteriormente. En la zona de Huachipa, en la cercanía inmediata de las ruinas de Cajamarquilla (Silva y García 1997: Fig. 2), se ubican densas áreas de arquitectura doméstica, así como arquitectura monumental en forma de «U» (San Antonio) con ocupaciones tempranas que han permitido definir el Formativo Medio y Tardío. De particular interés es una fase, llamada Cerro, definida por Palacios (1988, 1999), que tiene fuertes ingredientes de la tradición Paracas, correspondiente a Ocucaje 9 (Palacios 1999: Figs. 16, 21, 28, 30, 65, 66, 67, entre otras). Sitios de la fase Cerro Tardío se encuentran en las márgenes del valle del Rímac, llegando hasta Buenos Aires, cerca de Chosica, y hasta el área de Maranga (Shady 1983). Hay evidencias también de contactos con la cuenca del Mantaro por cuencos bícromos (estilo Cochachongos, Palacios 1999: Figs. 89, 90; Cf. Browman 1970: Figs. 50-52), por los abundantes huesos de camélidos en contextos domésticos y por la presencia de obsidiana en los mismos contextos, que, de manera forzosa, es un bien importado, probablemente de la sierra central (Silva y García 1997: 224). Estas, más las extensas áreas funerarias en la parte baja del valle de Lurín (Tablada de Lurín y Villa El Salvador, El Panel de Pachacamac, Cf. también Huallamarca en el valle del Rímac), las que ya entran en la parte temprana del Periodo Intermedio Temprano, indican que la ocupación temprana del espacio en esta parte de la costa central no fue ni aislada ni esporádica y que abarca los centros que, posteriormente, se convierten en complejos extensos. Esto, a su vez, implica que centros, como Maranga y Cajamarquilla, deben tener una historia que se inicia mucho antes de un poco definido periodo Lima Medio.

La complejidad interna, las dimensiones y la densidad de construcciones que se perciben en la arquitectura de los sitios de Lima Tardío, en cambio, no tienen precedentes. La erosión, falta de levantamientos precisos, la ausencia de mapas de distribución —en el valle del Rímac en particular—, pero, sobre todo, la ausencia de excavaciones en área tanto en arquitectura monumental como en las áreas colindantes, imposibilitan interpretaciones que permitirían entender las causas de este desarrollo extraordinario. Por un lado, puede deberse a condiciones medioambientales más favorables que permitan una agricultura más intensiva por medio de la irrigación; por otro lado, implican una reorganización social interna, con la formación de elites poderosas. Es evidente que los contextos funerarios —que, generalmente, se caracterizan por una sencillez extrema— solo representan la presencia de grupos a un extremo del orden social. Es muy probable que existan residencias y contextos funerarios más suntuosos y comparables a aquellos de la costa norte y a los, algo menos conocidos, de la costa sur.

b) La cerámica: función e identidad

En este contexto conviene discutir las interpretaciones «sociológicas» atribuidas a la cerámica. Existe una diferencia marcada entre el tratamiento de la cerámica anterior al Horizonte Medio y aquella que forma parte del último. La secuencia de Patterson presenta todo el material reducido que forma la base para su seriación en su totalidad, mientras que la presentación de la cerámica del Horizonte Medio se concentra de manera exclusiva en su componente «especial». Esta cerámica especial, según Menzel, está caracterizada por elementos predominantemente exógenos, entre los

que aquéllos provenientes del centro ayacuchano prevalecen. En cuanto al estilo Lima, surge la pregunta de que si éste carece de tal cerámica especial y, si este es el caso, si esta carencia implica que se trata de una sociedad sin distinciones internas de importancia. En otras palabras, ¿la complejidad social se debe exclusivamente a factores exógenos o se expresa en otros materiales posiblemente propios? De nuevo, el problema reside en la poca definición de los contextos pertinentes y su poca representatividad. Los trabajos de Stumer, por desgracia poco documentados, sugieren que existen contextos arquitectónicos y funerarios lima medio que reflejan una cierta complejidad. La enorme cantidad de cerámica que proviene de excavaciones recientes, particularmente en sitios del periodo Lima Tardío, no se ha analizado aún de manera debida, pero necesariamente ampliará y, quizá, modificará las propuestas de Patterson. Estas modificaciones se relacionarían con la ubicación cronológica precisa, para determinar cuándo se inicia este conjunto y si hay posibilidades de subdivisiones internas o no. Un análisis más preciso indicará también la variabilidad interna, i.e., características grupales específicas con elementos morfotecnológicos y decorativos compartidos dentro de contextos definidos como domésticos o residenciales, evidencias de consumo y/o la preparación de bebidas u otro tipo de alimentos, almacenamiento, así como talleres de cerámica «doméstica» y no-doméstica, deposiciones rituales («ofrendas») u objetos asociados en contextos funerarios. Indicios para la existencia de elites durante Lima Tardío son los pozos con cerámica rota de modo intencional, la que está relacionada con la producción y el consumo de chicha en situaciones rituales en espacios «especiales» como recintos contiguos a arquitectura monumental (Cf. Segura 1999; Mogrovejo y Segura, este número). Esta cerámica aparece en grandes cantidades, en formas y patrones decorativos compartidos, en muchos de los sitios monumentales del Rímac durante el Lima Tardío. Evidencias parecidas y ampliamente contemporáneas, pero que se inician con anterioridad, fueron encontradas en el Alto Piura (Kaulicke 1991, 1994) dentro de un contexto general mochica. En este mismo complejo, Loma Valverde, la cerámica más fina (con piezas importadas) está más relacionada a la arquitectura monumental; hornos de cerámica, evidencias de producción textil y, sobre todo, de procesamiento de metal se asocian a los mismos lugares o su cercanía. Este conjunto de datos podría indicar la presencia de elites como patrones de producción de bienes usados dentro de ciclos de actividades rituales de importancia sociopolítica. Conjuntos de talleres también se ubicaron en el contemporáneo contexto urbano de la Huaca de la Luna, donde las zonas más «residenciales» y los contextos funerarios más «ricos» se ubican cerca del edificio monumental o están aún incorporados en él. Complejos como Maranga, Cajamarquilla, Pucllana y otros en el valle del Rímac probablemente mostrarán patrones parecidos.

Los inicios de la producción de cerámica del estilo Nievería quizá se relacionan con este ambiente sociopolítico. En Cajamarquilla aparece, en menores cantidades, en un contexto relacionado con el consumo de chicha en un ambiente ritual. Estos inicios, poco conocidos aún, podrían incluir elementos prestados de otros estilos contemporáneos como v.g. de la costa norte, de lo que existen evidencias más concretas posteriormente. Pero las características básicas tendrían que enfatizar elementos «propios» como muestras emblemáticas de una identidad exclusiva de elite. Por otro lado, esta cerámica exclusiva tiende a imitarse en otros ambientes sociales de la misma sociedad (Cf. abajo).

El fin de esta expansión compleja probablemente se relaciona con eventos catastróficos. En buena parte de la costa peruana, con evidencias relacionadas a sitios arqueológicos desde Piura (Cf. Kaulicke 1993) hasta Nazca (M. Reindel, comunicación personal) y más allá, sedimentos, interpretados como indicios de precipitaciones extremadamente intensivas (Mega Niño), cubren numerosas estructuras, muchas de las cuales no se vuelven a ocupar. Esta situación ha conducido a enfoques teóricos que relacionan cambios sociales con eventos catastróficos y periodos de continuidad o equilibrio estático entre estos eventos (Cf. Van Buren 2001), ya que existe una secuencia de estos Mega Niños, cada uno de los cuales parecen inducir cambios culturales en los Andes Centrales. Semejante enfoque, sin embargo, peca de determinismo ambiental y reduce la respuesta social a actitudes pasivas (Cf. Ericksson 1999). En la costa central, tales eventos, si están identificados y

fechados correctamente por los arqueólogos (lo cual, por regla, no se especifica de manera debida), podrían servir de marcadores cronológicos. El evento en cuestión está fechado en 562 d.C. por el análisis de secuencias de varvas del glaciar Quellccaya (Cf. Shimada et al. 1991) y concuerda bien con el fechado obtenido en la Huaca 20 del Complejo Maranga (Cf. Mac Kay y Santa Cruz, este número). El evento del abandono de este sitio se expresa en un sello posterior con cerámica rota intencionalmente de estilos como Nievería, Chakipampa y Lima Tardío, algo que se observó también en Tupac Amaru B (Rodríguez 1999) y otros complejos. Pero, ¿cuáles son las consecuencias de esta catástrofe? ¿Se inicia un despoblamiento masivo del área reocupada posteriormente solo por efímeros grupos de pastores, como está sugerido por evidencias en Cajamarquilla? (Mogrovejo y Segura, este número). ¿Se debilita la sociedad Lima, cayendo presa de una política agresiva de sociedades serranas o se reorganiza buscando estrategias nuevas o al intensificar otras menores empleadas con anterioridad con el fin de hacer frente a la situación cambiada? Conviene, por tanto, analizar las evidencias del Horizonte Medio ante esta situación de crisis.

Antes de emprender esta tarea, necesariamente especulativa, hay que volver al papel preponderante atribuido a la cerámica, de manera particular por los esfuerzos de Menzel (Cf. arriba). A diferencia de la seriación de Patterson, la de Menzel se concentra enteramente en la cerámica «especial», lo que deja sin consideración el aspecto «doméstico» de la producción alfarera. Esta ausencia de información, debida al carácter de los contextos o de las colecciones estudiadas por Menzel, tiene un inconveniente grave, ya que impide la caracterización de tales contextos, evidentemente mucho más numerosos, que carecen de esta cerámica. Esta omisión puede, indirectamente, relacionarse con una supuesta ausencia de aldeas durante el Horizonte Medio. La cerámica «especial», en la interpretación de Menzel, cumple funciones ceremoniales y otras, debido a su relación con contextos diferentes, más «políticas», en su expresión de «*lay elites*» (Menzel 1968: 70). Si se observa el rango morfológico de estas vasijas, se tiene la impresión de un rango limitado de formas, entre las que predominan botellas de una o dos vertederas, jarras, vasos, cuencos y platos, los que cumplen con funciones de servicio como contenedores de líquidos para el consumo o para libaciones y contenedores de alimentos sólidos. Si bien se requeriría un trabajo exhaustivo para fundamentarlo, se tiene, por lo general, la impresión de que formas prácticamente idénticas sirven de base para diferentes tipos de decoración, i.e., diferentes estilos comparten las mismas formas, sean éstos huari o no (v.g., botellas Teatino o jarras y botellas de doble pico y puente de los estilos de cerámica moldeada de la costa norcentral, etc.). Esto refuerza la impresión de que se trata de funciones compartidas. Aún los recipientes gigantes, por lo general quebrados de modo intencional en las llamadas «ofrendas», son básicamente versiones muy grandes de las formas «normales», aunque su aspecto antropomorfizado, con frecuencia con cuello en forma de cara, podría implicar también un contexto de sacrificio. Por tanto, podrían entenderse como servicio en banquetes comunales (Cf. Knobloch, este número) promovidos y auspiciados por la elite. Este aspecto festivo-ritual parece haber sido una característica tan fundamental para estas elites que, inclusive, forman parte de su parafernalia funeraria. Al parecer, también está relacionado con el establecimiento de contactos sociales con otras elites. Si no es tanto la forma de estos utensilios especiales la que cambia, debe ser la decoración la que se relaciona con la señalización de la identidad específica de estas elites y la que motiva su distribución o su dedicación en eventos ritualizados.

Con estas premisas, se puede volver a la discusión del estilo Nievería. Como ya se señaló, la distribución de la cerámica de este estilo concuerda básicamente con el anterior ámbito de Lima Tardío, aunque las relaciones con la sierra del actual departamento de Lima parecen ser más fuertes. Lamentablemente, la arqueología de esta zona de vital importancia es francamente «subdesarrollada» y se tiene que recurrir a los trabajos de Villar Córdoba de 1935 para encontrar información más sustancial. La única excavación de importancia es la de Dillehay en Huancayo Alto (Dillehay 1976, 1977). Según Dillehay (1977: 34), «[a]lrededor de 500 años d.C., la interacción entre costa y sierra se intensificó [...] El asentamiento se convirtió en un lugar de interrelación funcional urbana entre los habitantes de la costa y de la sierra. Esta función dio mayor oportunidad complementaria para el

procesamiento, almacenaje e intercambio de productos sobre una base simbiótica regional [...] Esto puso en marcha un sitio urbano realmente coresidente [...] Al mismo tiempo que estableciendo un status de grupo étnico más alto (costeño) y más bajo (serrano) o un establecimiento administrativo socio-político dual». Esta dualidad, percibida en el valle medio del Chillón, aparece en otros sitios y probablemente incentivó el fortalecimiento de elites serranas, la que se expresa en la arquitectura impresionante de centros como Chiprak, Rupak y otros en el alto Chillón (Canta), donde la cerámica Nievería y quizá Pachacamac es adaptada al lado de la propia bastante menos vistosa. Estos centros, a su vez, mantenían contactos con otros grupos en la puna y al otro lado de la cordillera, hasta el valle del Mantaro. De este modo, las elites se establecen como intermediarias y controladoras en la distribución de productos requeridos por las poblaciones costeñas. El establecimiento en los valles medios probablemente también se relaciona con el control del agua para la irrigación y el cultivo de plantas de importancia «especial», como la coca. Rostworowski (1977, 1978) ha estudiado los señorios tardíos de la costa y sierra de Lima a través de los documentos del siglo XVI y ha señalado también la importancia del manuscrito quechua de Huarochirí (Taylor 1987) como la historia de etnias serranas, en particular con sus contrapartes costeñas, cuya memoria puede conservar referencias a épocas bastante lejanas del tiempo de su transcripción (Cf. P. Paredes 1991). Sin embargo, la arqueología, cuya ayuda Rostworowski reclama con justa insistencia, ha producido pocos datos que puedan usarse como argumentos independientes en apoyo de sus hipótesis.

Otro tipo de interrelación se observa con otras sociedades costeñas. De particular interés son los vínculos con la costa norte. Elementos mochica no sólo aparecen en forma de cerámica introducida o como piezas Nievería en contextos mochica como v.g. en San José de Moro, sino que parecen reflejar conceptos de identidad más complejos. El contexto 643 de Ancón consiste en un individuo que yacía en posición invertida a la regla, como extendido dorsal, que es la norma en los contextos funerarios mochica, a la que corresponde también la orientación. Llevaba además una máscara de cobre y una peluca, también rasgos norteños. Los objetos de cerámica consisten en un recipiente en forma de cabeza con tocado adornado por una cabeza de felino —que es, claramente, una alusión a ceramios mochica— así como una olla trípode con asa en forma de animal y decoración pintada en estilo Nievería. Una porra estrellada nuevamente señala hacia el Norte (Kaulicke 1997a: 34-35, Fig. 51.E). Cerámica Chakipampa, tanto importaciones como imitaciones, aparecen en la Huaca 20 de Maranga (Mac Kay y Santa Cruz, este número), pero una botella, que por su forma corresponde a Nievería, lleva un diseño Chakipampa en un contexto del valle de Nazca (Menzel 1964: Pl. VI, Fig. 17). Por último, la costumbre de enterrar sus muertos sobre arquitectura monumental lima constituye quizá un afán de reestablecer vínculos con un pasado considerado propio. ¿Podría relacionarse también con ello el arcaísmo de diseños del tipo Formativo en cerámica del Horizonte Medio 1B sobre una botella formalmente relacionada con Moche V en un contexto de Vista Alegre? (Stumer 1958: Fig. 10). En el Horizonte Medio 2 esta costumbre se acentúa con evidencia en Socos (Isla y Guerrero 1984), Garagay (Ravines et al. 1984; Engelstad 1986) y hasta en la costa norte, como en los sitios de Pallka y Moxeke, en el valle de Casma (Tabío 1977: 67-68).

En el estilo Pachacamac la situación es semejante. Los pocos contextos funerarios conocidos se caracterizan por una mezcla aún más notoria que aquella de Nievería. El primer contexto presentado por Uhle (1903: Pl. 4.1.3; 5.1.9.10.11) consiste de cuatro vasijas del estilo Pachacamac B, una de Viñaque y otra de un «Mochica Derivado» (Menzel 1964). El tejido pintado, en el que Tello y Uhle reconocen el dios Pachacamac, tiene claras filiaciones norteñas (Moche-Huari). Fuera de esta mezcla, conviene señalar que contiene tanto elementos de filiación «Tiahuanaco», de buena calidad, como ejemplos «epigonales» (Cf. *Ibid.*: Pls. 4.3 y 5.1). Si se acepta la procedencia «Pachacamac», indicada en las piezas de la colección Gretzer, la relación de parafernalia de elite en estos contextos funerarios es evidente, lo que también vale para los contextos correspondientes de Ancón donde estas «mezclas» ocurren en la coexistencia de piezas Pachacamac con aquellas de Teatino y estilos norteños en estructuras que corresponden al estilo Teatino. En el sitio El Castillo, en el valle de Huarney, aparece con diferentes estilos norteños, aparentemente predominantes, en cámaras fu-

nerarias construidas que forman parte de plataformas funerarias. En el mismo Pachacamac, las construcciones son de adobes del tipo norteño y el famoso «ídolo» de Pachacamac está marcado por elementos iconográficos de la costa norcentral. Por otro lado, la cerámica norcentral también se adorna con el «grifo de Pachacamac» (Carrión Cachot 1959: Figs. 87, 88) y elementos más relacionados con el estilo Viñaque (*Ibid.*: Fig. 89). Esta cerámica, en general, está fuertemente influenciada por la iconografía mochica, la que se manifiesta también en los tejidos. Tales tejidos, en particular aquellos pintados (*Cf.* Menzel 1977: Figs. 56-59; Carrión Cachot 1959: Figs. 113-119, Oakland y Fernández, este número), así como la cerámica moldeada que se produce en masa, no reflejan conocimientos técnicos sofisticados y no parecen corresponder a productos destinados para la elite. Pese a ello, estas obras «epigonales» aparecen conjuntamente con las piezas más elaboradas y, por tanto, son contemporáneas.

Resulta difícil y peligroso tratar de generalizar e interpretar estas evidencias esporádicas. En primer lugar, parece que la cerámica Pachacamac se asocia a contextos diferentes que no permiten relacionarla a elites que se identificarían por este estilo. Por otro lado, existen imitaciones y productos de menor calidad que le concede a esta cerámica elaborada, y a otros objetos del mismo estilo, una cierta exclusividad como bienes de prestigio de difícil acceso. Se percibe, en particular, una especie de fusión con elementos de filiación mochica, que llega a tener ciertas características de sincretismo (¿religioso?). Asimismo, mantiene vínculos con el estilo Nievería, con el que parece ser contemporáneo en la mayor parte de su existencia, lo que enfatiza el arraigo regional. Todos estos elementos reducen el impacto de elementos supuestamente llegados en forma directa del centro de Huari, en Ayacucho, y sugieren que estos objetos cumplían otras funciones más allá de la identificación de elites.

c) Inferencias sociopolíticas en la costa central durante el Horizonte Medio

Al parecer, el impacto ambiental causado por el Mega Niño entre fines de Lima Tardío y Nievería lleva a una reestructuración de, en esencia, el mismo espacio ocupado en forma anterior, con una cierta expansión hacia la sierra marítima y contactos más directos con las sociedades serranas. Si bien no continua la construcción de edificios monumentales, parece haber una reocupación del espacio con concentración en el valle del Rímac y con límites entre Ancón y Lurín. Se establecen contactos con la costa norte y sur, lo cual ocurre en diferentes facetas, reflejando mecanismos variados que probablemente no excluyen intervenciones directas y movimientos étnicos. La naturaleza de estos contactos es difícil de determinar por la ausencia casi completa de datos concernientes a los valles al norte de Chancay y al sur de Lurín. En general, se nota una coexistencia de estilos que abarca, fuera de Nievería, quizá un remanente de Lima y un Pachacamac temprano, Chakipampa, Moche Tardío, hacia el norte un Teatino temprano, así como Cerro del Oro, costa surcentral (*Cf.* Ruales, este número; aparentemente presente en el material excavado por Mac Kay y Santa Cruz en la Huaca 20 de Maranga).

En la fase siguiente se mantienen muchos de estos estilos, consolidándose en territorios más definidos, como el Teatino hacia el norte de la costa central y al norte del valle del Rímac. Este estilo Teatino se relaciona tanto con estilos de cerámica moldeada como con «epigonales». Distribuciones algo erráticas caracterizan los estilos Viñaque y Pachacamac. Por la ubicación de Socos, parece que la sierra marítima sirve de corredor para la entrada del estilo Viñaque, el que, aparentemente, está más difundido en el valle del Mantaro (Mogrovejo, comunicación personal). Para el Horizonte Medio 2 destacan dos sitios: Ancón y Pachacamac. Aunque los datos disponibles se limitan casi por completo a los contextos funerarios, permiten especular sobre funciones diferentes que cumplieron en este lapso. Ancón parece convertirse en asentamiento extenso de ciertas características urbanas y es posible que una de sus funciones principales es la de un puerto con contactos principales con el norte. La elite próspera parece corresponder al ámbito Teatino y usa cerámica, así como, quizá, tejidos, orejeras, adornos, etc., de otras áreas, en las que se incluye el estilo Pachacamac,

cuya cerámica, sin embargo, aparece más en forma de imitaciones de calidad mediana. Esto, difícilmente, apoya la hipótesis de Menzel que Ancón haya sido sometido al control político de Pachacamac.

Los datos del complejo de Pachacamac son, igualmente, poco concretos, pero una hipótesis viable sería pensar en su función mayor como oráculo. Esta hipótesis se basa en la gran cantidad de contextos funerarios asociados a templos en la misma área que sirve de área funeraria en tiempos protohistóricos en el Periodo Intermedio Tardío y el Horizonte Tardío. Estos contextos destacan por asociaciones con estilos diferentes de áreas distantes. Los objetos atribuidos estilísticamente a Pachacamac, en cambio, aparecen en otros sitios, a veces distantes, con características semejantes, i.e., otros oráculos como Wariwillka, cerca de Huancayo, en el valle del Mantaro, Chimu Cápac, Huaca del Sol, en el valle de Moche y otros. Rostworowski (1992: 72) menciona que la Huaca del Sol fue llamada Pachacamac en documentos tempranos del siglo XVI y especula que esta denominación se debe a la presencia de influencias religiosas de sacerdotes de Pachacamac durante el Horizonte Medio (*Ibid.*: 73-74). Esto implicaría que la cerámica y otra parafernalia ritual se relacionarían a una elite de carácter religioso cuyas funciones quedan aún poco claras por la ausencia de lo que sería un oráculo de manera física, i.e., del modo cómo se expresaría arquitectónicamente en lo que, de una forma vaga, se denomina «templo». Si este oráculo estaba vinculado a algún tipo de religión, ésta parece caracterizarse por un sincretismo entre elementos heredados de tiempos prehuari (Lima), algo genéricamente atribuible a elementos huari y otros, quizá más fuertes, del ámbito de la costa norte y norcentral, con ingredientes mochica.

Esto lleva al problema del carácter de la presencia de Huari en la costa central. Si ésta se vincula con el estilo Viñaque, resulta casi tan evasiva como el estilo Pachacamac. Es dudoso que Socos sea una especie de capital provincial de Huari y tampoco hay evidencias de contextos funerarios que apoyarían la hipótesis de una elite poderosa políticamente caracterizada por este estilo. Menos aún parecen existir las ofrendas de recipientes gigantes quebrados de manera intencional, quizá con la excepción de algunos ejemplos de Lima Tardío. Esta situación puede, hasta cierto punto, compararse con la «helenización» en la Francia mediterránea (Dietler 1997), la que demuestra una notable variación local y regional en respuesta a la colonización. Esta se expresa en una fuerte demanda de bienes y servicios exóticos que fomentan un intercambio intensivo, particularmente en bebidas alcohólicas y sus recipientes correspondientes. Llevan también a la producción de ceramios híbridos y la adopción de nuevas técnicas de alfarería. Cambios en asentamientos ocurren dentro del marco de estructuras culturales y cosmologías locales, así como relaciones políticas y sociales locales, lo que conduce a una variación interna. Hasta la urbanización obedece a patrones independientes de Grecia y sus colonias, mientras que las prácticas funerarias son muy variadas. Esta concentración en la respuesta local y regional a posibles intentos de dominación requiere un enfoque centrado en las características y los cambios ocurridos regionales en vez de interpretaciones bajo la óptica de la parte dominante. Esto es lo que se ha tratado de presentar en este trabajo.

Queda por preguntarse cómo debería explicarse los orígenes de la etnia y formación política Ichma y otras de la costa central existentes durante el Periodo Intermedio Tardío y el Horizonte Tardío. Eeckhout (1998, 2000) interpreta las numerosas pirámides con rampa en el complejo de Pachacamac y otros sitios como palacios de los señores de Ichma, siguiendo una interpretación ya iniciada por Tello (*Cf.* Tello 1999). Si bien aclara la parte final de estas construcciones alrededor de 1470 d.C., el inicio no está tan claro, aunque sugiere una fecha alrededor de 1000 d.C. con argumentos no totalmente convincentes (*Cf.* Eeckhout 2000: 242). La ausencia de excavaciones en estratos previos a la construcción de estos complejos prohíben una definición más fundamentada.

Conclusiones

En este trabajo se ha tratado de reunir los datos disponibles para la discusión acerca del carácter de los cambios sociopolíticos desde situaciones previas al Horizonte Medio hasta fines del

Horizonte Medio 2. Esta base de datos, lamentablemente, se caracteriza por ser heterogénea, siempre incompleta y hasta inexistente frente a hipótesis basadas en especulaciones, las que, por falta de alternativas más fundadas, se convierten en hechos quasi históricos. En primer lugar, conviene destacar la necesidad de datos más sólidos acerca de patrones de asentamiento, planos más precisos de la arquitectura y de la organización interna de los sitios, técnicas de construcción y presentación del material asociado en contextos definidos. Esto, a su vez, implica estrategias de excavación en las que tiene que prevalecer el trabajo en áreas que cubran un porcentaje razonable del área construida en vez de generalizar a partir de sondeos limitados. Lo mismo vale para la excavación y el análisis de los contextos y del material asociado, i.e., en general, contextualizar la cerámica en vez de contentarse en determinar su atribución estilística. Por los datos disponibles, los estilos reconocidos suelen tener una duración más larga de la que les concede Menzel y complican la definición deficiente de las épocas 3 y 4 del Horizonte Medio, ya que cerámica, estilísticamente más temprana, puede aparecer en contextos tardíos (Cf. Williams 2001; Isbell, este número). En consecuencia, estos estilos, sean Nievería, Pachacamac, Teatino y otros, resultan ser contemporáneos y, con frecuencia, asociados, aunque en concentraciones y contextos generales algo diferentes. Parece también que comparten funciones tanto específicas dentro de un contexto social y ritual especial como marcadores de identidad a través de los patrones de decoración. Esta característica, llamada «fusión» por Menzel, parece corresponder a interacciones complejas que involucran amplias áreas geográficas y sociales, incluyendo aquellas que parecen estar desligadas al «fenómeno» Huari. Para la costa central, éstas parecen centrarse en vínculos con la costa norte y norcentral que parecen estrecharse y incrementarse durante el Horizonte Medio. Otra zona, aún más importante, es la sierra marítima del actual departamento de Lima, la que, por un lado, es un corredor altamente significativo para contactos con los valles interandinos, en particular la importante cuenca del Mantaro. Por otro lado, es el escenario para contactos con las poblaciones serranas vecinas, las que varían entre empujes de las poblaciones costeñas sobre las primeras, particularmente a inicios del Horizonte Medio, e incursiones de poblaciones serranas en la costa en tiempos posteriores. Tales contactos pacíficos y de conflicto se observan por lo menos desde el Periodo Formativo y siguen hasta el tiempo incaico y el de la Colonia. La importante fuente escrita en quechua de una historia de poblaciones de Huarochirí ilustra de manera dramática esta relación dentro de un ideologizado contexto competitivo en tiempos preincaicos e incaicos (Cf. Taylor 1987).

Estas poblaciones se caracterizan por diferentes grados de complejidad y cambian también en el tiempo y, por tiempos, son capaces de mantener vínculos «internacionales» sin perder sus identidades propias. Esta complejidad, sin embargo, sólo se vislumbra de manera débil a través del material arqueológico incompleto. La alta dinámica excede, de modo amplio, un simple modelo de colonización por parte de un imperio poderoso. El trasfondo político que Menzel le concede al estilo Pachacamac tiene que verse en esta perspectiva. Arqueológicamente, aparece como una especie de fantasma o sombra de una realidad que aún no se capta bien, básicamente debido a la ausencia de trabajos pertinentes que resulten a la larga en una propuesta arqueológica independiente y viable. Solo así se podrá definir también el carácter de la presencia huari en la costa. Se espera haber demostrado que semejante tarea constituye un reto fascinante y apremiante para el futuro.

Agradecimientos

Mi interés en problemas relacionados con el Horizonte Medio en la costa central data desde 1971, cuando hice investigaciones en la sierra de Lima en compañía de Cirilo Huapaya, cuya experiencia adquirida en muchos años, como colaborador de Julio C. Tello, compartió generosamente conmigo. El apoyo y la enseñanza de la Dra. Josefina Ramos de Cox han sido, de manera particular, trascendentes para mi formación científica. Quiero agradecerles a ambos, lamentablemente ya fallecidos, de una manera muy especial.

En Alemania, en mi tiempo de investigador asociado a la Comisión de Arqueología General y Comparada (KAVA), pude dedicarme nuevamente al tema al analizar y publicar la colección de

Reiss y Stübel gracias al apoyo de su director, el Prof. Dr. Hermann Müller Karpe, y al Dr. Dieter Eisleb, del Museo de Antropología de Berlín. En este museo también me ayudaron la Dra. Von Schuler-Schömig y el Dr. Richard Haas. El año pasado pude trabajar nuevamente en el depósito de este museo gracias a la ayuda de la Dra. Manuela Fischer, quien me concedió algunas fotos que están incluidas en este trabajo. Agradezco también al Dr. Gregor Wolff, del Instituto Iberoamericano, quien me facilitó el acceso al material textual de Uhle y me consiguió las reproducciones de algunas fotos del científico alemán, las cuales forman parte del archivo que lleva su nombre en el mismo instituto.

Nuevamente en Lima pude iniciar un convenio entre la PUCP y el Museo de Arqueología y Antropología para el estudio de los materiales de excavación de Ancón apoyado por el entonces director, Dr. Hermilio Rosas, y, sobre todo, por la Dra. Ruth Shady, Benjamín Guerrero y el Sr. Candelá. Posteriormente, Juan Antonio Murro, entonces Jefe de Investigaciones del museo, facilitó el trabajo de un grupo de estudiantes. A todos ellos mi agradecimiento.

Más recientemente, aprendí mucho de conversaciones con egresados de nuestra Especialidad como Rafael Segura, Juan Mogrovejo, Martín Mac Kay, Rafael Santa Cruz, Luis Felipe Villacorta, Giancarlo Marcone, así como con arqueólogos y alumnos de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos como Mario Ruales y Daniel Guerrero. También me beneficié de conversaciones y comunicaciones con la Dra. Mercedes Cárdenas, quien me proporcionó las fotos del contexto de Huanza. La Dra. Patricia Knobloch me brindó mucha información sobre Pachacamac y fotos suyas que aparecen en este trabajo; el Dr. Heiko Prümers, de la KAVA, me concedió ilustraciones de tejidos de Pachacamac incluidas aquí. Agradezco a Bill Isbell, con quien pude conversar mucho antes y durante la preparación del simposio, así como a muchos de los participantes del mismo. A todos ellos y muchos otros más que, involuntariamente, no he mencionado, mis más profundos agradecimientos.

Notas

¹En el Instituto Iberoamericano de Berlín existen transcripciones parciales, escritas a mano por la Sra. Liebscher, de las libretas de apuntes que se refieren a Pachacamac, las que el autor pudo ver y copiar por computadora, ampliando algunas partes, durante su estadía en Berlín entre octubre y noviembre del 2000.

²En el Archivo Uhle, del Instituto Iberoamericano, existen cartas de Gretzer dirigidas a Uhle, cuyo contenido hace pensar en un contacto personal estrecho y prolongado. También existen varias fotos de excursiones tomadas por Uhle en las que figura Gretzer.

³En las libretas de campo aparece una serie de esbozos dibujados en lápiz que superan en precisión, tipo de comentario y cantidad ampliamente las figuras correspondientes publicadas en 1903, las que se basan en los primeros: NB 42: 100, 101, 155 (base para Fig. 3 de Uhle 1903), 165, 217; NB 43: 25 (perfil de cámara funeraria), 80, 81 (perfil de cámara funeraria), 117, 118, 121, 122-123, 134, 135, 137, 143, 154, 182, 184; NB 45: 44, 55, 58.

⁴En NB 43: 87-88, Uhle escribe lo siguiente: «Una excavación de mi Momia 1003-1009, así como de las otras 1033 y siguientes, limitada a la recuperación de las piezas más espectaculares, hubiera omitido mucho de lo imprescindible para la definición del grado de civilización muy divergente del que surgían estas momias. Tal actitud hubiera hecho imposible alcanzar la principal meta de la excavación científica, más aún si hubieran faltado los datos acerca de las piezas asociadas, de cómo fue vestida la momia y cómo fue enterrada. De este modo, las momias del periodo más reciente no solo tenían tejidos y asociaciones diferentes, sino también otros, cuyos diseños normalmente se les considera típicos, pero los que aparecen también en otros contextos. Estos no aparecen en las

momias más profundas en las que faltan aún éstos. También se distinguían por diferentes envolturas de ropas, faltaban las hojas y las envolturas de telas, reemplazadas por una tela grande que sirve para cargar pesos. Tampoco se notó una techumbre, etc. Todo es más sencillo. En las momias más antiguas predominaban los ceramios, mientras que las más recientes se destacaban por las telas...».

⁵ En el archivo del Museo de la Universidad de Pennsylvania existe el informe original de Uhle escrito en alemán, el que fue enviado al autor parcialmente, en fotocopias, por Patricia Knobloch. Este informe parece ser algo más específico que el texto publicado. Además, se dispone del catálogo original en el que es posible reconstruir una serie de contextos funerarios que podrían cotejarse con las listas en las notas de campo.

⁶ Se trata de una descripción e interpretación muy notable y contiene un plano, el que, comparado con aquél de Canziani (1987: Fig. 1), resulta esencialmente correcto. Reconoce también las diferencias en construcción y conservación en la parte septentrional, lo que le permite sugerir una edad más remota para esta última. Por los «adobitos», Middendorf compara estas construcciones con las de Pachacamac.

⁷ En el Archivo Uhle, del Instituto Iberoamericano de Berlín, existen varias fotos de Cajamarquilla y Maranga tomadas por Uhle; Cf. otra de Cajamarquilla por Gretzer en Raddatz 1985: Fig. 9.

⁸ Según Middendorf 1973: 62, tendría 280 metros de largo; Canziani 1987: 10-11, indica 300 metros, Narváez 1999: 6, señala 380 metros y según Shady et al. 2000: 2, serían 370 metros. Las indicaciones acerca de la anchura oscilan entre 120 y 150 metros y la altura entre 30 y 33 metros. La Huaca del Sol, en el valle de Moche, considerada uno de los monumentos preeuropeos más grandes de Sudamérica, mide 228 por 136 metros (Cf. Uhle 1998a: 210) y su altura es de 40 metros. De acuerdo a estas medidas, la Huaca San Marcos se compara en número con ella y puede superarla aún si las medidas señaladas son correctas.

⁹ Recientemente, se ha publicado un plano original de Uhle, quizá del mismo año (Wurster 1999: 179, Fig. 84). De modo indudable, es el plano más exacto, ya que deja reconocer detalles arquitectónicos como muros, recintos, etc. Incluye también a la Huaca Concha, la que está casi destruida en la actualidad (Cf. foto aérea de 1944 en Narváez 1999: 5).

¹⁰ Investigaciones recientes, acabadas o en curso, muestran una participación muy activa por parte de egresados de la PUCP. Fuera de las tesis mencionadas de Montoya (1995), Rodríguez (1999) y Segura (1999, tesis que está por publicarse) y los trabajos de Mac Kay y Santa Cruz, este número, conviene mencionar a Marcelo Saco, quien está analizando para su tesis el material lima de una excavación dirigida por Murro (Cf. Murro et al. 1997). Antonio Gamonal está preparando su tesis sobre arquitectura y cerámica lima en Huaquerones (proyecto dirigido por Guillermo Cock) y Giancarlo Marcone, actual subdirector de Pachacamac, está excavando una estructura lima en el complejo de Pachacamac. El 22, 23 y 24 de febrero del 2001 se llevó a cabo el Primer Coloquio y Mesa Redonda sobre la cultura Lima, organizado por la Sección de Arqueología del Instituto Riva-Agüero. Participaron por parte de la PUCP Rafael Valdez, Giancarlo Marcone, Sergio Barraza, Juan Mogrovejo y Rafael Segura.

¹¹ Villar Córdoba 1935: 341, sostiene que «[a] pocas leguas de distancia de la población pre-colombina de «Cajamarquilla»... y en la sección andina de Jicamarca, se descubren poblaciones de arquitectura del tipo andino, tales como: «Chuya», «Macancho», «Chullipampa», «Huayarcoto» y «Kancha-Kancha». Todas estas poblaciones se hallan situadas en ambas vertientes de la pequeña quebrada de Nievería. La ciudad precolombina de mayor importancia es «Chuya»... sus construcciones de piedra revelan mayor perfección, y la cerámica se ofrece más fina, con mayor pulimento y de formas, en gran parte relacionadas con el estilo costeño de Nievería».

¹² En un viaje reciente a Cajamarca, el autor pudo ver una colección privada en la misma ciudad, la que contiene una cantidad muy notable de cerámica huari de buena calidad, así como de imitaciones y de estilos contemporáneos, entre los que también hay evidencias del estilo Pachacamac. Parece, por lo tanto, que la presencia huari en este valle es probablemente mucho más densa de lo asumido, debido a la escasez o ausencia de trabajos arqueológicos pertinentes.

¹³ Por invitación del Lic. Mallma, de la Universidad del Centro de Huancayo, el autor tuvo la oportunidad de ver un sitio del Horizonte Medio en el campus de la universidad. En trabajos de construcción se recuperó una cantidad notable de material, entre ellos piezas de procedencia de la misma zona de Huari, así como evidencias de Pachacamac, Cajamarca y estilos locales, como el llamado Calpish por Browman, quien reconoce tres centros (Calpish, Ñawimpuquio y Wariwillka), interpretados como templos (Cf. Browman 1970: Figs. 114-117, 130-132). Como en el caso de Cajamarca, la ausencia total de investigaciones arqueológicas, en particular excavaciones, crea un vacío artificial que urge llenar. Además de ello, debería publicarse el cuantioso material de varias colecciones importantes en Huancayo y Jauja.

¹⁴ Por comunicación personal de P. Knobloch, las piezas publicadas en Schmidt, según Menzel, pertenecen en su totalidad a la Epoca 2. Las piezas anteriormente mencionadas, y consideradas anteriores por Franco y Paredes, también serían de la Epoca 2.

¹⁵ Según la lista en Van Stan (1966), la pieza 1141q pertenece a la «momia» P69, Fig. 72, con el comentario «esta momia fue fotografiada junto con [otra] P68». Puede tratarse, por lo tanto, de la foto de la Fig. 3 en este trabajo.

¹⁶ La estructura ilustrada en Reiss y Stübel podría haber tenido dimensiones aún mayores. El ya fallecido Sr. Cirilo Huapaya comentó al autor que un camión, manejado por un chofer imprudente, desapareció en una de estas estructuras cuando se realizaron los trabajos arqueológicos en Ancón.

REFERENCIAS

Alarcón, P.

1971 Tres fases técnico-constructivas en la huaca San Marcos-Lima, tesis de bachillerato inédita, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

Amador P, A.

1998 Figurinas funerarias de la cultura Lima, *Arqueología y Sociedad* 12, 29-35, Museo de Arqueología y Antropología, UNMSM, Lima.

Baessler, A.

1902/ 1903 *Altperuanische Kunst. Beitrage zur Archaeologie des Inca-Reichs*, 4 tomos, Berlin.

1906 *Peruanische Mumien. Untersuchungen mit X-Strahlen*, Berlin.

Bankmann, U.

1999 Aufbruch und Rückkehr. Die Berliner Zeit im Leben Uhles, en: U. Thiemer-Sachse y P. Masson (eds.), Max Uhle, su obra y su repercusión, *Indiana* 15, 11-36, Ibero-Amerikanisches Institut, Berlin.

Bonavia, D.

1962 Sobre el estilo Teatino, *Revista del Museo Nacional* 31, 43-94, Lima.

1985 *Mural Paintings in Ancient Peru*, Indiana University Press, Bloomington.

Browman, D. L.

1970 Early Peruvian Peasants: The Culture History of a Central Highland Valley, tesis de doctorado inédita, Department of Anthropology, Harvard University, Cambridge, Mass.

Canziani, J.

1987 Análisis del complejo urbano Maranga-Chayavilca, *Gaceta Arqueológica Andina* 14, 10-17, Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Lima.

Cárdenas, M.

1974- 1975 Vasijas del Intermedio Temprano en la sierra de Lima, *Arqueología PUC* 15-16, 37-52, Seminario de de Arqueología, Instituto Riva-Agüero, PUCP, Lima.

Carrión-Cachot, R.

1959 *La religión en el Antiguo Perú (norte y centro de la costa, periodo post-clásico)*, Lima.

Casavilca, A.

1939 La ciudad muerta de Cajamarquilla, *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima* 56, 100-119, Lima.

Castillo, L. J. y C. B. Donnan

1994 La ocupación moche de San José de Moro, Jequetepeque, en: S. Uceda y E. Mujica (eds.), Moche: propuestas y perspectivas, *Travaux de l'Institut Français d'Études Andines* 79, 93-146, Lima.

Cerulli, E.

1967 Cajamarquilla 1962-1967. Attività della Missione Archeologica Italiana in Peru, *Annali di ricerca e studi Geografia* 3, 49-60, Genova.

1969 Cajamarquilla 1968: Informazioni preliminari sugli scavi della Missione Archaeologica Italiana in Peru, *Verhandlungen des XXXVIII Internationalen Amerikanistenkongresses, Stuttgart-München, 12. bis 18. August, 1*, 353-355, Stuttgart.

D' Harcourt, R.

1922 La céramique de Cajamarquilla-Nievería, *Journal de la Société des Américanistes* 14, 107-118, Paris.

Dillehay, T. D.

1976 Competition and Cooperation in a Prehispanic Multi-Ethnic System in the Central Andes, tesis de doctorado inédita, Department of Anthropology, University of Texas, Austin.

- 1977 Un estudio de almacenamiento, redistribución y dualismo socio-político prehispánico en la chaupiyunga del valle del Chillón, *Cuadernos* 24-25, 25-37, Consejo Nacional de la Universidad Peruana, Lima.
- Dietler, M.**
1997 The Iron Age in Mediterranean France: Colonial Encounters, Entanglements, and Transformations, *Journal of World Prehistory* 11 (3), 269-358, New York.
- Donnan, C. B.**
1968 An Association of Middle Horizon Epoch 2A Specimens from the Chicama Valley, Peru, *Ñawpa Pacha* 6, 15-18, Berkeley.
- Earle, T. K.**
1972 Lurin Valley, Peru: Early Intermediate Period Settlement Development, *American Antiquity* 37 (4), 467-477, Washington, D.C.
- Eeckhout, P.**
1998 Pachacamac durant l'Intermédiaire récent. Etude d'un site monumental préhispanique de la Côte centrale du Pérou, *BAR International Series* 747, Oxford.
2000 The Palaces of the Lords of Ychsma: An Archaeological Reappraisal of the Function of Pyramids with Ramps at Pachacamac, *Revista de Arqueología Americana* 17-19, 217-254, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Eisleb, D. y R. Strelow**
1980 Altperuanische Kulturen III. Tiahuanaco, *Veröffentlichungen des Museums für Völkerkunde Berlin*, Neue Folge 38, Museum für Völkerkunde, Berlin.
- Engel, F.**
1987 *De las begonias al maíz. Vida y producción en el Perú antiguo*, Centro de Investigaciones de Zonas Áridas, Universidad Agraria, La Molina, Lima.
- Engelstad, H.**
1986 A Group of Grave Tablets and Shirt Fragments from Pachacamac, *Ñawpa Pacha* 24, 61-72, Berkeley.
- Ericksson, C. L.**
1999 Neo-environmental Determinism and Agrarian «Collapse» in Andean Prehistory, *Antiquity* 73, 634-642, Cambridge.
- Escobedo, M. y M. Goldhausen**
1999 Algunas consideraciones acerca de la iconografía Lima, *Baessler-Archiv*, Neue Folge 47, 5-37, Berlin.
- Falcón H., V.**
2000 Playa Grande: entre la aldea y el santuario. ¿Un caso de interpretación arqueológica ambigua?, *Arqueológicas* 24, 53-61, Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, Lima.
2001 Copacabana: un centro urbano de la cultura Lima en la costa central, en: I. Pérez, W. Aguilar y M. Purizaga (eds.), *XII Congreso Peruano del Hombre y de la Cultura Andina*, tomo II, Arqueología, 126-138, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, Ayacucho.
- Falcón, V. y A. Amador**
1997 Un entierro de patrón funerario lima en Cerro Culebra, *Mauq'a Llaqta* 1 (1), 51-68, Lima.
- Farfán, C.**
1995 Asentamientos prehispánicos de la cuenca alta del Chillón, *Gaceta Arqueológica Andina* 24, 31-61, Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Lima.
- Fernández, J.**
1960 El estilo Maranga. Apuntes preliminares para su estudio y clasificación, en: R. Matos (ed.), *Antiguo Perú. Espacio y tiempo*, trabajo presentado a la Semana de Arqueología Peruana (9-14 de noviembre de 1959), 241-250, Lima.
- Flores, I.**
1981 Investigaciones arqueológicas en la Huaca Juliana, Miraflores-Lima, *Boletín de Lima* 13, 65-70, Lima.

Franco, R.

- 1993 El centro ceremonial de Pachacamac: nuevas evidencias en el Templo Viejo, *Boletín de Lima* 86, 45-62, Lima.
- 1998 Cajamarquilla. La arquitectura de un gran centro prehispánico de la costa central, *Arkinka* 36, 72-89, Lima.

Franco, R. y P. Paredes

- e.p. El Templo Viejo de Pachacamac. Estudios arqueológicos (1986-1990), para publicarse en *Dumbarton Oaks Library and Collection*, Washington, D.C.

Gayton, A. H.

- 1927 The Uhle Collections from Nievería, *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology* 21 (8), 305-329, Berkeley.

Giesecke, A. A.

- 1937 Cajamarquilla, *Turismo* 12 (119), 32-33, Lima.

Goldhausen, M.

- 2001 Avances en el estudio de la iconografía Lima, *Arqueológicas* 25, 223-263, Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, Lima.

Gretzer, W.

- 1914 Die Schiffahrt im alten Peru vor der Entdeckung nebst einer Übersicht über die altperuanische Sammlung des Roemer-Museums in Hildesheim, *Mitteilungen aus dem Roemer-Museum, Hildesheim* 24, Hildesheim.

Guerrero, C. D.

- 1999 Prehistoria, en: L. E. Tord (ed.), *Historia del distrito de La Molina*, 63-107, Municipalidad de La Molina, Lima.

Guerrero, C. D. y J. Palacios

- 1994 El surgimiento del estilo Nievería en el valle de Rimac, *Boletín de Lima* 91-96, 275-311, Lima.

Huapaya, C.

- 1948 Nuevo tipo de tumba descubierto en las Necrópolis de Ancón, *Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología* 2 (1), 93-98, Lima.

Isla, E. y C. D. Guerrero

- 1987 Socos: un sitio huari en el valle del Chillón, *Gaceta Arqueológica Andina* 4 (41), 23-28, Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Lima.

Jijón y Caamaño, J.

- 1932 Trophäenköpfe der Proto-Lima-Zeit im Tal des Rimac, *Zeitschrift für Ethnologie* 64, 354-361, Berlin.
- 1949 *Maranga. Contribución al conocimiento de los aborígenes del valle del Rimac, Perú*, Quito.

Julien, D. G.

- 1988 Ancient Cuismancu: Settlement and Cultural Dynamics in the Cajamarca Region of the North Highlands of Peru, 200 B.C.-A.D. 1532, tesis de doctorado inédita, Department of Anthropology, University of Texas, Austin.

Kauffmann Doig, F.

- 1996 Proyecto Arqueológico Tumbas de Ancón (I), *Arqueológicas* 23 (1994), Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, Lima.

Kaulicke, P.

- 1974- Reflexiones sobre la arqueología de la sierra de Lima, *Arqueología PUC* 15-16, 29-36, Seminario de Arqueología Instituto Riva-Agüero, PUCP, Lima.
- 1983 Gräber von Ancon, Peru, *Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie* 7, Kommission für Allgemeine und Vergleichende Archäologie, C. H. Beck, München.
- 1991 El Periodo Intermedio Temprano en el Alto Piura: avances del Proyecto Arqueológico Alto Piura (1987-1990), *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 20 (2), 381-422, Instituto Francés de Estudios Andinos, Lima.

- 1993 Evidencias paleoclimáticas en asentamientos del Alto Piura durante el Periodo Intermedio Temprano, *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 22 (2), 287-315, Instituto Francés de Estudios Andinos, Lima.
- 1994 La presencia mochica en el Alto Piura: problemática y propuestas, en: S. Uceda, y E. Mujica (eds.), Moche: propuestas y perspectivas, *Travaux de l'Institut Français d'Études Andines* 79, 327-358, Lima.
- 1997a *Contextos funerarios de Ancón. Esbozo de una síntesis analítica*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- 1997b La muerte en el antiguo Perú. Contextos y conceptos funerarios: una introducción, *Boletín de Arqueología PUCP* 1, 7-54, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- 2000 *Memoria y muerte en el Perú antiguo*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Kaulicke, P. (ed.)**
1998 *Max Uhle y el Perú antiguo*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Knobloch, P.**
1991 Teikoku no kougekatachi-Huari teikokujidai no bijutsu [Artisans of the Realm: Art of the Wari Empire and Its Contemporaries], en: S. Masuda y I. Shimada (eds.), Kodai Andesu Bijutsu [*Ancient Art of the Andean World*], 107-123, Iwanami Shoten, Tokyo.
- Kroeber, A. L.**
1926 The Uhle Pottery Collections from Supe, *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology* 21 (6), Berkeley.
- 1954 Proto-Lima. A Middle Period Culture of Peru, *Fieldiana Anthropology* 44 (1), Chicago.
- Lapiner, A.**
1976 *Pre-columbian Art of South America*, New York.
- Lavalle, J. A. y W. Lang**
1977 *Arte y tesoros del Perú I*, Lima.
- Lehmann, W. y H. Doering**
1924 *Kunstgeschichte des Alten Perus erläutert durch ausgewählte Werke aus Ton und Stein, Gewebe und Kleinode*, Ernst Wasmuth A. G., Berlin.
- Liebscher, V.**
1999 Reisen und Werk Max Uhles von 1892-1911, en: W. W. Wurster (ed.), Max Uhle (1856-1944). Pläne archäologischer Stätten im Andengebiet [Planos de sitios arqueológicos en el área andina], 43-87, *Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie* 56, Ibero-Amerikanisches Institut y KAVA, Mainz.
- Menzel, D.**
1964 Style and Time in Middle Horizon, *Ñawpa Pacha* 2, 1-106, Berkeley.
- 1968 New Data on the Huari Empire in Middle Horizon Epoch 2 A, *Ñawpa Pacha* 6, 47-114, Berkeley.
- 1977 *The Archaeology of Ancient Peru and the Work of Max Uhle*, R. H. Lowie Museum of Anthropology, University of California, Berkeley.
- Middendorf, E. W.**
1973 *Peru. Observaciones y estudios del país y sus habitantes durante una permanencia de 25 años II*. La [1894] Costa, [traducción de 1894 por E. More], Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- Montoya, H.**
1995 Análisis de fragmentería cerámica excavada en un relleno de clausura. Complejo Arqueológico Huaca Pucllana, tesis de licenciatura inédita, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Especialidad de Arqueología, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Mogrovejo, J. D.**
1995 Tapicería en la cultura Lima: un hallazgo textil en Cerro Culebras, *Gaceta Arqueológica Andina* 24, 63-72, Instituto Andino de Estudios arqueológicos, Lima.

Muelle, J. C. y R. Wells

1939 Las pinturas del Templo de Pachacamac, *Revista del Museo Nacional* 8, 275-282, Lima.

Murro, J. A., V. Cortéz y J. A. Hudtwalcker

1997 La ocupación prehispánica del Puerto de Chancay, *Boletín de Arqueología* PUCP 1, 253-264, Lima.

Narváez, J. J.

1999 Proyecto de investigaciones arqueológicas en la Huaca San Marcos. Resultados preliminares, *Boletín del Museo de Arqueología y Antropología* 2 (5), 5-10, Museo de Arqueología y Antropología, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

Palacios, J. B.

1988 La secuencia de la cerámica temprana del valle de Lima de Huachipa, *Gaceta Arqueológica Andina* 16, 13-24, Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Lima.

1999 La tradición «Cerro» en Huachipa, valle del Rimac, tesis de licenciatura inédita, Facultad de Ciencias Sociales, Escuela Académico Profesional de Arqueología, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

Palacios, J. y C. D. Guerrero

1992 Potrero Tenorio: un enterramiento ritual de ofrendas del estilo Nievería en el valle del Rímac, *Pachacamac* 1 (1), 75-100, Revista del Museo de la Nación, Lima.

Paredes B., P.

1985 La Huaca Pintada o el Templo de Pachacamac, *Boletín de Lima* 7 (41), 70-77, Lima.

1991 Pachacamac, en: S. Purin (ed.), *Los incas y el antiguo Perú. 3000 años de historia*, 364-383, Barcelona/ Madrid.

Paredes O., J.

1993 Cerro Culebra: nuevos aportes acerca de una ocupación de la cultura Lima (costa central del Perú), *Gaceta Arqueológica Andina* 22, 51-62, Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Lima.

1999 Cabezas-trofeo y rituales funerarios en la cultura Lima, *Gaceta Arqueológica Andina* 25, 45-60, Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Lima.

Paredes, P. y R. Franco

1985 Excavaciones en la Huaca Pintada o el Templo de Pachacamac, *Boletín de Lima* 7 (41), 78-84, Lima.

Patterson, T. C.

1966 Pattern and Process in the Early Intermediate Period Pottery of the Central Coast of Peru, *University of California Publications in Anthropology* 3, Berkeley/Los Angeles.

Patterson, T. C., J. P. McCarthy y R. A. Dunn

1982 Politics in the Lurin Valley, Peru, during the Early Intermediate Period, *Ñawpa Pacha* 20, 61-82, Berkeley.

Prümers, H.

1990 Der Fundort «El Castillo» im Huarmeytal, Peru. Ein Beitrag zum Problem des Moche-Huari Textilstils, 2 tomos, *Mundus Reihe Alt-Amerikanistik* 4, Bonn.

Raddatz, C.

1985 Ein Sammlerleben. Christian Theodor Wilhelm Gretzer, geb. 17.4.1847 in Hannover, gest. 15.2.1926 in Hannover, en: *Ein Hannoveraner in Lima. Der Sammler praecolumbischer Altertümer Christian Theodor Wilhelm Gretzer (1847-1926)*, 5-10, Hannover.

Ravines, R.

1979 Prácticas funerarias en Ancón (Primera parte), *Revista del Museo Nacional* 43 (1977), 327-397, Lima.

1983 Prácticas funerarias de Ancón (Segunda parte), *Revista del Museo Nacional* 45 (1981), 89-166, Lima.

1994 Las culturas preincaicas, en: J. A. del Busto (ed.), *Historia General del Perú* II, BRASA, Lima.

Ravines, R., H. Engelstad, V. Palomino y D. H. Sandweiss

1984 Materiales arqueológicos de Garagay, *Revista del Museo Nacional* 46 (1982), 135-233, Lima.

Reindel, M. y J. Isla

- 1999 Ausgrabungen in Los Molinos und La Muña: Ergebnisse der Grabungskampagne 1998 des archäologischen Projektes Nazca-Palpa, Süd-Peru, *Jahresbericht 1998 der Schweizerisch-Liechtensteinischen Stiftung für archäologische Forschungen im Ausland*, 123-125, Zürich/Vaduz.

Reiss, W. y A. Stübel

- 1880-1883 *Das Totienfeld von Ancón in Perú. Ein Beitrag zur Kenntnis der Kultur und Industrie des Inca-Reiches*, 3 tomos, Berlin.

Rodríguez R., A.

- 1999 Excavaciones en Huaca Túpac Amaru B, un complejo de arquitectura monumental de la cultura Lima, valle del Rímac, costa central del Perú, tesis de licenciatura inédita, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Especialidad de Arqueología, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Rostworowski de Diez Canseco, M.

- 1977 Etnia y sociedad. Costa peruana prehispánica, *Historia Andina* 4, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- 1978 Señoríos indígenas de Lima y Canta, *Historia Andina* 7, Instituto de Estudios Andinos, Lima.
- 1992 Pachacamac y el Señor de los Milagros. Una trayectoria milenaria, *Historia Andina* 19, Instituto de Estudios Andinos, Lima.

Schmidt, M.

- 1929 *Kunst und Kultur von Peru*, Propyläen-Verlag, Berlin.

Segura, R.

- 1999 Rito y estrategia económica en Cajamarquilla. Un estudio de las evidencias arqueológicas del Conjunto Julio C. Tello del Horizonte Medio 1A, tesis de licenciatura inédita, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Especialidad de Arqueología, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Sestieri, C. P.

- 1963 Scavi della Misione Archeologica Italiana in Perú. Relazione preliminare, *Bolletino d'Arte*, anno XLVIII, serie IV, 1-2, 166-182, Roma.
- 1964a Un vaso configurato da Cajamarquilla (Peru), *Bolletino d'Arte*, anno XLIX, serie IV, 3, 246-249, Roma.
- 1964b Excavations at Cajamarquilla, Peru, *Archaeology* 17 (1), 12-17, Brattleboro.
- 1971 Cajamarquilla, Peru: The Necropolis on the Huaca Tello, *Archaeology* 24 (2), 101-106, Brattleboro.
- 1972 Scavi a Cajamarquilla (Perù), *Atti del XL Congresso Internazionale degli Americanisti* 1, 325-327, Roma/Génova.

Shady, R.

- 1982 La cultura Nieverfá y la interacción social en el mundo andino en la época Huari, *Arqueológicas* 19, 5-108, Museo Nacional de Antropología y Arqueología, Lima.
- 1983 La huaca Maranga del Periodo Formativo, *Boletín* 8, 27-31, Museo Nacional de Antropología y Arqueología, Lima.

Shady, R. y J. J. Narváez

- 1999 *La Huaca San Marcos y la antigua ciudad de Maranga-Lima*, Museo de Arqueología y Antropología, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- 2000 *Historia prehispánica de Lima: Arqueología de la Huaca San Marcos*, Museo de Arqueología y Antropología, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

Shimada, I.

- 1991 Pachacamac Archaeology: Retrospect and Prospect, en: I. Shimada (ed.), Pachacamac. A Reprint of the 1903 Edition by Max Uhle, XII-LXVI, *University Museum Monograph* 62, The University Museum of Archaeology and Anthropology, University of Pennsylvania, Philadelphia.

- Shimada, I., C. B. Schaaf, L. G. Thompson, E. Mosley-Thompson**
 1991 Cultural Impacts of Severe Droughts in the Prehistoric Andes: Application of a 1,500-year Ice Core Precipitation Record, *World Archaeology* 22 (3), 247-270, London.
- Silva, J. E.**
 1992 Ocupaciones postformativas en el valle del Rimac: Huachipa-Jicamarca, *Pachacamac* 1 (1), 49-74, Revista del Museo de la Nación, Lima.
- Silva, J. E. y R. García**
 1997 Huachipa-Jicamarca: cronología y desarrollo sociopolítico en el Rímac, *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines* 26 (2), 195-228, Instituto Francés de Estudios Andinos, Lima.
- Silva, J. E., D. Morales C., R. García y E. Bagrayrac**
 1988 Cerro Culebra, un asentamiento de la época Lima en el valle del Chillón, *Boletín de Lima* 10 (56), 23-33, Lima.
- Strelow, R.**
 1996 Gewebe mit unterbrochenen Ketten aus dem vorspanischen Peru. Pre-Hispanic Peruvian Textiles with Discontinuous Warp, *Veröffentlichungen des Museums für Völkerkunde*, Neue Folge, 61, Museum für Völkerkunde, Berlin.
- Strong, W. D.**
 1925 The Uhle Pottery Collections from Ancon, *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology* 21 (4), 135-190, Berkeley.
- Strong, W. D. y J. M. Corbett**
 1943 A Ceramic Sequence at Pachacamac. Archaeological Studies in Peru, 1941-1942, *Columbia Studies in Archaeology and Ethnology* I (2), 27-121, New York.
- Stübel, A. y M. Uhle**
 1892 *Die Ruinenstaette von Tiahuanaco im Hochlande des alten Perú. Eine kulturgeschichtliche Studie auf Grund selbstaendiger Aufnahmen*, Leipzig.
- Stumer, L. M.**
 1953 Playa Grande: Primitive Elegance in Pre-Tiahuanaco Peru, *Archaeology* 6 (1), 42-48, Brattleboro.
 1954a The Chillón Valley of Peru: Excavation and Reconnaissance, 1952-1953, Part 1, *Archaeology* 7 (3), 171-178, Brattleboro.
 1954b The Chillón Valley of Peru: Excavation and Reconnaissance, 1952-1953, Part 2, *Archaeology* 7 (4), 222-228, Brattleboro.
 1954c History of a Dig, *Scientific American* 192 (3), 98-104, New York.
 1958 Cerámica negra del estilo Maranga, *Revista del Museo Nacional* 26, 272-289, Lima.
- Tabío, E. E.**
 1957 Excavaciones en Playa Grande, costa central del Perú, 1955, *Arqueológicas* 1 (1), Museo Nacional de Antropología y Arqueología, Lima.
 1965 *Excavaciones en la costa central del Perú (1955-58)*, Academia de Ciencias, Departamento de Antropología, La Habana.
 1977 *Prehistoria de la costa del Perú*, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
- Taylor, G.**
 1987 *Ritos y tradiciones de Huarochirí del siglo XVII*, Instituto de Estudios Peruanos e Instituto Francés de Estudios Andinos, Lima.
- Tello, J. C.**
 1923 Wirakocha, *Inca* 1 (1), 93-320, 1 (3), 583-606, Museo de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
 1999 Arqueología del valle de Lima, *Cuadernos de Investigación del Archivo Tello* 1, Museo de Arqueología y Antropología, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

Uhle, M.

- 1896a Notizbuch Uhle 42 (14.1.-2.3.1896: Abreise La Paz bis Lima und Theil von Pachacamac. Pachacamac I, 1-87), Archivo Uhle, Instituto Iberoamericano, Berlin.
- 1896b Notizbuch Uhle 43 (23.3.- 3.6.1896. Pachacamac II, 89-173), Archivo Uhle, Instituto Iberoamericano, Berlin.
- 1896c Notizbuch Uhle 44 (4.6.- 20.10.1896. Pachacamac III, 174-219), Archivo Uhle, Instituto Iberoamericano, Berlin.
- 1896d Notizbuch Uhle 45 (21.10. - Ende 1896. Pachacamac IV, 220-229), Archivo Uhle, Instituto Iberoamericano, Berlin.
- 1889-1890 *Kultur und Industrie südamerikanischer Völker nach den im Besitze des Museums für Völkerkunde zu Leipzig befindlichen Sammlungen von A. Stübel, W. Reiss und B. Koppel*, 2 tomos, Berlin.
- 1903 *Pachacamac, Report of the William Pepper, M. D., LL. D., Peruvian Expedition of 1896*, Philadelphia.
- 1910 Über die Frühkulturen in der Umgebung von Lima, *Verhandlungen des XVI. Internationalen Amerikanisten-Kongresses, Wien, 9. bis 14. September, 1908*, Zweite Hälfte, 347-370, Viena/Leipzig.
- 1913a Die Ruinen von Moche, *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, nueva serie 10 (2), 95-117, Paris.
- 1913b Die Muschelhügel von Ancon, Peru, *18th International Congress of Americanists* (1), 22-45, London.
- 1998a Las ruinas de Moche, en: P. Kaulicke (ed.), *Max Uhle y el Perú Antiguo*, 205-227, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima [traducción de: Uhle 1913a].
- 1998b Acerca de las culturas tempranas de Lima y sus alrededores, en: P. Kaulicke (ed.), *Max Uhle y el Perú Antiguo*, 231-254, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima [traducción de: Uhle 1910].

Van Buren, M.

- 2001 The Archaeology of El Niño Events and other «Natural» Disasters, *Journal of Archaeological Method and Theory* 8 (2), 129-149, New York.

Van Stan, I.

- 1966 *Textiles from beneath the Temple of Pachacamac, Peru. A Part of the Uhle Collection of the University Museum*, Museum Monographs, University of Pennsylvania, Philadelphia.

Vásquez, S.

- 1984 La Huaca Pucllana, *Gaceta Arqueológica Andina* 9, 8-9, Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Lima.

Villacorta, L. F. y W. Tosso

- 2000 El estilo Teatino: nuevas perspectivas, *Arqueológicas* 24, 79-127, Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia, Lima.

Villar Córdoba, P. E.

- 1935 *Las culturas prehispánicas de Lima. Homenaje al IV Centenario de la fundación de Lima o antigua Ciudad de los Reyes*, Lima.

Williams, P. R.

- 2001 Cerro Baúl: A Wari Center on the Tiwanaku Frontier, *Latin American Antiquity* 12 (1), 67-83, Washington, D.C.

Wilson, D. J.

- 1988 *Prehispanic Settlement Patterns in the Lower Santa Valley, Peru. A Regional Perspective on the Origins and Development of Complex North Coast Society*, Smithsonian Institution Press, Washington, D.C./London.

Wurster, W. W. (ed.)

- 1999 Max Uhle (1856-1944). Pläne archäologischer Stätten im Andengebiet. Planos de sitios arqueológicos en el área andina, *Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie* 56, Mainz.